

Cartas a un buscador de sí mismo

Henry David Thoreau



FUNDACIÓN
Carlos Slim

Cartas a un buscador de sí mismo

Thoreau, Henry D.

Ensayo

Se reconocen los derechos morales de Thoreau, Henry D.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

CARTAS A UN BUSCADOR DE SÍ MISMO

Worcester, Massachusetts, marzo de 1848
[De Harrison G. O. Blake a Henry David Thoreau]

Su artículo ha reavivado en mí la impresión inolvidable que tengo de usted, que me llevé conmigo gracias a unas palabras que dijo.

La última vez que fui a Concord, habló de retirarse más aún de nuestra civilización. Le pregunté entonces si no sentiría deseo alguno de la compañía de sus amigos. Su respuesta fue: «No, yo no soy nada».

Esa respuesta fue, para mí, memorable. Indicaba una profundidad de recursos, una entereza en la renuncia, un equilibrio y una fe en el universo que casi no alcanzo a concebir; algo que, sin embargo, en usted parecía domesticado, y hacia lo cual yo alzo mi mirada con admiración. Me gustaría conocer el alma que dice: «Yo no soy nada». Verme elevado por sus palabras hacia una vida más verdadera y más pura.

En mí parece revestirse de un nuevo significado la idea de que Dios, simplemente, está aquí; de que no debemos hacer sino inclinarnos ante Él con profunda sumisión en cada momento, y de que Él llenará nuestra alma con su presencia. En este abrirse del alma a Dios, todos los deberes parecen encontrar su centro; ¿qué más habríamos de hacer?

Si comprendo correctamente, el significado de su vida es el siguiente: querría separarse de la sociedad, del sortilegio de las instituciones, de los usos, de los conformismos, de tal modo que pueda llevar una vida simple y nueva. Antes que infundir una nueva vida a las viejas maneras, tendrá una vida nueva por fuera y por dentro. Hay algo de sublime para mí en esta actitud, de la cual yo mismo estoy muy lejos.

Hábleme en esta hora, ya que es solicitado...

Lo venero porque se abstiene de la acción, y abre su alma con el objetivo de poder ser. En mitad de un mundo de actores bulliciosos y superficiales, es noble hacerse a un lado y decir: «Simplemente quiero ser». Si pudiese plantarme enseguida sobre la verdad, reduciendo al mínimo mis necesidades, me vería inmediatamente más cerca de la naturaleza, más cerca de mis compañeros... y la vida sería infinitamente más rica. Pero ¡heme aquí!, temblando en la orilla...

Concord, 27 de marzo de 1848

Es un placer saber que algunas de mis palabras, pese a que el momento en que las pronuncié queda tan lejano que me es difícil reconocerlas como propias, le han merecido estima. Me halaga, pues tengo entonces razones para suponer que he llegado a aquello que realmente concierne al hombre, y para creer que cuando un hombre se dirige a otro no lo hace en un ejercicio fútil. Ese es el valor de la literatura. Aunque esos días quedan tan atrás, en todo sentido, que tengo que volver a consultar mis páginas para recordar cuál fue entonces el tono de mis reflexiones. Sin embargo, solo por haberme procurado su carta, valoro en mayor medida aquel artículo.

Creo firmemente en la correspondencia entre la vida exterior y la vida interior; así como tengo la certeza de que aunque algunos hombres consigan vivir una vida virtuosa, el resto seguirá sin advertirlo. La diferencia y la distancia son una misma cosa. Vivir una vida auténtica es como viajar a un país lejano y encontrarnos progresivamente rodeados por nuevos escenarios y hombres; y cuando me hallo rodeado por los más ancianos, me doy cuenta de que de ninguna forma estoy viviendo una vida nueva o mejor. El exterior es solo la representación de lo que hay dentro. Los hábitos no esconden al hombre, sino que lo muestran; ellos son sus auténticos ropajes. No me incumben las curiosas razones que puedan aducir para atenerse a ellos. Las circunstancias no son rígidas e inflexibles; sí lo son, sin embargo, nuestros hábitos.

A veces tenemos la tendencia a hablar con ligereza, como si una vida divina fuera a injertarse o a aparecer en nuestro presente como una oportuna fundación. Esto podría tener sentido si pudiéramos reconstruir nuestra antigua vida, excluyendo de ella todo el calor de nuestros afectos, dejándolos marchitar, como el mirlo construye su morada sobre el nido del cuclillo, y allí incuba sus huevos, que son los únicos que eclosionan. Pero lo cierto es que nosotros —y aquí se halla la línea de demarcación— incubamos ambos huevos. Y ya que el cuclillo lo aventaja en un día, su cría, al nacer, expulsa a las crías del mirlo. No hay otra solución: destruir el huevo del cuclillo o construir un nido nuevo.

El cambio es el cambio. Ninguna vida nueva ocupa viejos cuerpos decadentes. La vida nace, crece y florece. Los hombres intentan revivir patéticamente lo viejo, y por eso lo aceptan y soportan. ¿Por qué aguantar en el hospicio pudiendo ir al cielo? Es como embalsamarse, nada más. Dejad de lado vuestros ungüentos y sudarios, y entrad en el cuerpo de un recién nacido. Podéis ver en las catacumbas de Egipto el resultado de aquel experimento. Conocemos su final.

Creo firmemente en la simplicidad. Es asombroso y triste ver cómo incluso los hombres más sabios pasan sus días ocupados en asuntos triviales que creen que han de atender, en detrimento de otros asuntos más importantes que creen su deber

omitir. Cuando un matemático desea hallar la solución de un problema difícil, empieza por deshacerse de todas las dificultades de la ecuación, reduciéndola a sus términos más sencillos. Hagamos lo propio y simplifiquemos el problema de la existencia, y diferenciamos entre lo necesario y lo real. Sondeemos la tierra para ver hacia dónde se extienden nuestras principales raíces. Me basaré siempre en los hechos. ¿Por qué negarse a ver? ¿Por qué no utilizar nuestros propios ojos? ¿O es que los hombres lo ignoran todo? Conozco a muchos a los que es difícil engañar cuando se trata de asuntos comunes, muy desconfiados de los cantos de sirena, que disponen responsablemente de su dinero y saben cómo gastarlo, que disfrutaban fama de prudentes y cautelosos, y que, no obstante, aceptan vivir gran parte de su existencia tras un mostrador, como cajeros de un banco, y brillan y se oxidan y finalmente desaparecen. Si saben algo, ¿por qué diablos lo hacen? ¿Saben qué es el pan? ¿Y para qué sirve? ¿Saben qué es la vida? Si supieran algo, cuán rápido dejarían de frecuentar para siempre los lugares donde ahora se los conoce tan bien.

Esta vida, nuestra respetable vida diaria, sobre la cual se halla tan bien plantado el hombre de buen sentido, el inglés de mundo, y sobre la que descansan nuestras instituciones, es en realidad la más pura ilusión, que se desvanecerá como el edificio sin cimientos de una visión. Sin embargo, un minúsculo resplandor de realidad que a veces ilumina la oscuridad de los días de todos los hombres nos revela algo más consistente y perdurable que el diamante, la piedra angular del mundo.

El hombre es incapaz de concebir un estado de cosas tan bello que resulte irrealizable. ¿Puede alguien revisar honestamente su propia experiencia y afirmar que no es así? ¿Existen hechos a los que apelar cuando decimos que nuestros sueños son prematuros? ¿Habéis tenido noticia de algún hombre que haya luchado durante toda su vida por algo, y que de algún modo no lo lograra? Un hombre que aspira a algo sin descanso, ¿no se siente ya elevado? ¿Quién que haya intentado el acto más simple de heroísmo, de magnanimidad, o buscado la verdad y la sinceridad, no halló algo que mereciese la pena? ¿Quién podría decir que esta es una empresa vana? Es innegable que no debemos esperar que nuestro paraíso sea un jardín. No sabéis lo que pedís. Veamos la literatura. ¡Cuántos buenos pensamientos ha concebido cada ser humano! ¡Y qué pocos pensamientos buenos se expresan! Y, sin embargo, no poseemos una sola fantasía, por más sutil o etérea que haya sido, que el simple talento, acompañado de resolución y constancia, tras mil fracasos, no pueda fijar y grabar con palabras distintas y duraderas, de tal forma que entendamos que nuestros sueños son los hechos más confiables que conocemos. Pero no estoy hablando de sueños ahora.

Lo que puede expresarse con palabras puede expresarse con nuestra vida.

Mi vida real es un hecho sobre el que no tengo razones para congratularme conmigo mismo, pero tengo respeto por mi fe y mis aspiraciones. De ellas le hablo ahora. La posición de cada uno es demasiado simple para ser descrita. No he prestado

ningún juramento. No tengo un esquema para entender la sociedad, la Naturaleza o Dios. Soy, simplemente, lo que soy, o comienzo a serlo. Vivo en el presente. El pasado es solo un recuerdo para mí, y el futuro una anticipación. Amo la vida, amo el cambio más que sus modalidades. En la historia no está escrito cómo el malo se hizo mejor. Creo en algo, y no hay más. Sé que soy. Sé que existe otro, más sabio que yo, que se interesa por mí, de quien soy su criatura y, de alguna manera, su igual. Sé que el reto merece la pena, que las cosas van bien. No he recibido ninguna mala noticia.

Respecto a las posiciones, a las combinaciones y a los detalles, ¿qué son en realidad? Cuando hace buen tiempo y alzamos la mirada, ¿qué vemos sino el cielo y el sol?

Si busca persuadir a alguien de que hace mal, actúe bien. Que no le importe si no lo convence. Los hombres creen en lo que ven. Consigamos que vean.

Siga con su vida, persista en ella, gire a su alrededor, como hace un perro alrededor del coche de su amo. Haga lo que ame. Conozca bien de qué está hecho, roa sus propios huesos, entiérrelos y desentiérrelos para roerlos de nuevo. No sea demasiado moral. Sería como hacer trampas con uno mismo. Sitúese por encima de los principios morales. No sea simplemente bueno, sea bueno por algo. Todas las fábulas tienen su moraleja, pero a los inocentes lo que les gusta es escuchar la historia.

No permita que nada se interponga entre usted y la luz. Respete a los hombres solo como hermanos. Cuando emprenda viaje a la Ciudad Celestial, no porte carta de recomendación alguna. Cuando llame, pida ver a Dios, y nunca a los sirvientes. En aquello que más le importe, no piense que dispone de compañeros de viaje. Dese cuenta de que está solo en el mundo.

Escribo a salto de mata y sin plan previo. Necesito verle, y confío en hacerlo, y así corregir mis errores. Quizá tenga usted algún oráculo para mí.

Henry Thoreau

«Debemos conseguir nuestro pan». Pero ¿cuál es nuestro pan? ¿El pan que amasa el panadero? Según mi criterio debería ser exclusivamente el pan hecho en casa. ¿Cuál es nuestra carne? ¿La que corta el carnicero? ¿Qué es lo que debemos procurarnos? ¿Es dulce el pan que ahora nos ganamos? ¿Acaso no es un pan que se ha agriado y más tarde ha sido endulzado con un álcali, que ha sufrido una fermentación vinosa, avinagrada e incluso pútrida, y ha sido posteriormente blanqueado con vitriolo? ¿Es este el pan que debemos tener? El hombre debe ganarse el pan con el sudor de su frente, es cierto, pero también con el sudor del cerebro que hay tras dicha frente. El cuerpo solo puede alimentar al cuerpo. Yo he probado muy poco pan a lo largo de mi vida. Fueron apenas bocados insustanciales la mayoría de las veces. Y pan que alimentara mi cerebro y mi corazón, apenas ninguno. No se encuentra ni siquiera en la mesa del rico.

No hay una clase de comida para todos los hombres. Se debe alimentar, y de hecho se alimentan, aquellas facultades que se ejercitan. El trabajador con el cuerpo fatigado no requiere la misma comida que el estudiante cuyo intelecto está cansado. El hombre no debería trabajar sin desmayo, como las bestias, pero el intelecto y el cuerpo deberían siempre, o tanto como sea posible, trabajar y descansar juntos, pues entonces del trabajo resultará que cuando el cuerpo esté hambriento, también lo estará el intelecto, de modo que el mismo alimento bastará para ambos; de otro modo, el alimento que repare la energía gastada por el cuerpo exhausto oprimirá al intelecto sedentario, y el degenerado estudiante considerará toda comida vulgar, convirtiendo cada forma de ganarse la vida en una ingrata tarea.

Cómo debemos ganarnos el pan es una pregunta de enorme importancia, además de agradable y sugerente. No debemos eludirla, como se acostumbra a hacer. Es la pregunta más importante y práctica que se puede plantear un ser humano. No nos precipitemos al contestarla. No nos conformemos con conseguir nuestro pan de forma grosera, desatenta y apresurada. Algunos hombres van de cacería, otros a pescar, otros a apostar, algunos a la guerra; pero ninguno conoce el placer que sienten quienes de verdad tratan de ganarse su pan. Es verdad a todos los efectos, como es verdad en la realidad, es verdad en un sentido material, como es verdad en un sentido espiritual, que quienes buscan honesta y sinceramente, con todo su corazón, su vida y sus fuerzas, ganarse el pan lo consiguen, y sin duda encuentran un dulce bocado. Un pan muy pequeño, apenas unas migas, es suficiente si es de la calidad adecuada, pues es infinitamente nutritivo. Que cada ser humano, pues, se gane al menos unas migajas de pan para su cuerpo antes de morir, que conozca su sabor, que será idéntico al del pan de vida, y ambos, de hecho, los comemos juntos de un solo mordisco.

Nuestro pan nunca ha de ser agrio, ni difícil de digerir. Lo que la Naturaleza es para la mente, también lo es para el cuerpo. Dado que alimenta mi imaginación, así lo hará con mi cuerpo. Eso es lo que dice significar y estar dispuesta a hacer. No es solo bella a ojos del poeta. No solo el arcoíris y la puesta de sol son bellos; alimentarse y vestirse, protegerse y calentarse son igualmente bellos y fuentes de inspiración. No existe necesariamente ningún hecho grosero y feo que no pueda ser erradicado de la vida del hombre. Debemos esforzarnos por corregir todos los defectos que nuestra imaginación detecta en nuestras vidas. Los cielos están a nuestro alcance si nuestras aspiraciones son altas. Cuanto más alto aspire a crecer un árbol, a más altura encontrará la atmósfera adecuada para él. Todo ser humano debería representar esta fuerza irresistible. ¿Cómo concebir la debilidad en el hombre que se atreve a ser? Incluso las plantas más tiernas luchan por abrir su camino a través de las más duras tierras y las grietas de las rocas; pero no hay fuerza material que se le resista al hombre. ¡Qué cuña, qué escarabajo, qué catapulta es un hombre decidido! ¿Qué puede hacerle frente?

Es un hecho indiscutible que el hombre puede ser bueno o puede ser malo; su vida puede ser verdadera o puede ser falsa; y puede representar para él la vergüenza o la gloria. El hombre bueno se esculpe a sí mismo; el malo se destruye a sí mismo.

Sin embargo, cualquier cosa que hagamos debemos hacerla con confianza (si somos tímidos, actuemos, pues, tímidamente), sin esperar más luz, sino disponiendo de la luz suficiente. Si tenemos confianza en llegar a más, esperémoslo. Pero ¿qué es lo que tenemos? ¿Acaso no hemos esperado ya demasiado? ¿Es el comienzo de los tiempos? ¿Existe alguien que no vea claramente más allá, aunque solo sea un palmo más allá, se encuentre donde se encuentre?

Si alguien duda del camino a seguir, dejémosle que se detenga. Permitámosle que atienda sus dudas, pues las dudas, también, pueden albergar alguna divinidad. No es algo triste que tengamos poca fe, sino que seamos incapaces de ser fieles. La fe se gana mediante la fidelidad. Cuando, en el transcurso de una vida, un hombre se desvía, aunque solo sea en un ángulo infinitamente pequeño, de su propio camino asignado (y esto nunca ocurre de forma inconsciente, ni siquiera al principio; es más, aquel fue su pecado del color de la grana y el carmesí —ah, sabía más sobre él de lo que podía contar—), entonces el drama de su vida se torna en tragedia, y se apresura a su quinto acto. Cuando nos quedamos atrás de este modo es imposible dar cuenta de la cantidad de obstáculos que se interponen en nuestro camino, y nadie es suficientemente sagaz para aconsejarnos, ni tan poderoso para ayudarnos, mientras permanecemos en ese terreno. Tales están maldecidos con los deberes y el incumplimiento de sus deberes. Para ellos fue creado el Decálogo, y otros códigos mucho más voluminosos y terribles.

Estas desviaciones —¿quién no las ha sufrido?—, dado que son tan milimétricas como la paralaje de una estrella fija, y al principio decimos que no son nada, se originan en una suerte de sueño y olvido del alma cuando esta se malogra. El hombre no puede ser demasiado circunspecto si busca mantener un rumbo fijo y estar seguro de que en todo momento ve lo que puede ver, de tal forma que sea capaz de distinguir su verdadero camino.

Preguntáis si no hay una doctrina del sufrimiento en mi filosofía. Del sufrimiento profundo creo saber comparativamente poco. Mis más tristes y genuinos sufrimientos no son más que lamentos transitorios. El lugar del sufrimiento lo ocupa, tal vez, una suerte de dura y proporcionalmente estéril indiferencia. Me siento pariente de la mata de hierba, y participo en gran medida de su aburrida paciencia, que aguarda en invierno el sol de primavera. En mis momentos de mayor turbación tiendo a pensar que no me incumbe la «búsqueda del espíritu», sino que más bien es su asunto el encontrarme a mí. Sé muy bien lo que quería decir Goethe cuando afirmaba que nunca había sufrido un pesar del que no hubiera hecho un poema. Tengo demasiada paciencia de este tipo. Me conformo fácilmente con una felicidad ligera y casi animal. Mi felicidad es parecida a la de las marmotas.

Me parece que nunca estoy bastante comprometido, que nunca soy enteramente la criatura de mis estados de ánimo, mientras que siempre soy, en ciertos aspectos, su crítico. Mi única experiencia integral es mi visión. Veo, tal vez, con más integridad de lo que siento.

Aunque no necesito explicarle qué clase de hombre soy, mis virtudes y mis defectos. Puede imaginarlos, si merece la pena. Yo no los termino de distinguir.

No le escribo esta carta desde mi cabaña del bosque. Actualmente vivo con la Sra. Emerson —cuya casa es desde antiguo un hogar para mí—, a quien acompaño durante la ausencia del Sr. Emerson.

Se habrá percatado, quizás, de que a menudo hablo para mí en la misma medida en que lo hago para usted.

Concord, 10 de agosto de 1849

Sr. Blake:

Le escribo sobre todo para decirle, antes de que sea demasiado tarde, que estaré encantado de verle en Concord, donde le ofreceré aposentos, etc., en la casa familiar, y tanta de mi pobre compañía como sea usted capaz de soportar.

Estoy impaciente por hablar con usted con libertad. Podría decir —usted podría decir—, comparativamente hablando: no se preocupe por evitar la pobreza. De esta manera la riqueza del universo quedará bien invertida. Qué lamentable sería si no viviéramos este breve espacio de tiempo según las leyes del largo plazo, ¡las leyes eternas! Tratemos de permanecer aquí de pie, y de no yacer tan largos como seamos en la mugre. Dejemos que nuestra mezquindad sea nuestro alzapué, no nuestra almohada. En medio de este laberinto, vivamos un hilo de vida. Debemos actuar con rapidez y sin desmayo, avanzando en una sola dirección, de tal forma que nuestros vicios queden atrás sin remedio. El núcleo de un cometa es casi una estrella. ¿Hubo allí alguna vez un dilema? Las leyes de la tierra son para los pies o para el hombre inferior; las leyes del cielo son para la cabeza o para el hombre superior; estas últimas son las primeras en sublimarse y expandirse, como los radios que desde el centro de la Tierra divergen en el espacio. Feliz quien observa las leyes terrenales y celestiales en su justa medida; cuyas facultades, desde la planta del pie hasta la coronilla, obedecen estas leyes según su nivel; que ni se encorva ni avanza de puntillas, sino que vive una vida equilibrada, acorde tanto a la naturaleza como a Dios.

Estas cosas digo; otras hago.

Lamento saber que recibí mi libro con tanto retraso. Lo introduje en un sobre a su atención y lo deposité en la oficina de Munroe para que se lo enviaran de forma inmediata, el 26 de mayo, antes de que se vendiese la primera copia.

Trasládele mis recuerdos al Sr. Brown la próxima vez que lo vea. Lo recuerda con estima,

Henry Thoreau

Aún le debo una respuesta apropiada.

Concord, 20 de noviembre de 1849

Sr. Blake:

No he olvidado que estoy en deuda con usted. Cuando releo sus cartas, como acabo de hacer, siento que no merezco haberlas recibido, como tampoco responderlas, pese a que van dirigidas, o así las he considerado, al ideal de mí mismo. Me corresponde, tratando de darle respuesta, hablar de la parte más extraña de mi ser.

En la actualidad subsisto gracias a algunos aromas silvestres que la naturaleza me regala, que inexplicablemente me sostienen, y hacen que mi vida, de apariencia tan pobre, se enriquezca. En un año mis paseos se han alargado y casi todas las tardes (al amanecer escribo o leo o hago lápices, y así le doy a mi cuerpo algo de lo que vivir) visito alguna nueva colina, estanque o bosque, a muchas millas de distancia. Me sorprende el maravilloso retiro en el que me muevo, raramente me cruzo con alguien durante mis excursiones, y desde luego nadie que comparta este compromiso, a no ser que se trate de algún acompañante, cuando los tengo. No puedo evitar sentir que, de todos los humanos que habitan por aquí, tan solo nosotros dos tenemos la oportunidad y la capacidad para admirar y disfrutar todo lo que hemos recibido.

«Libres en este mundo, como los pájaros en el aire, liberados de cualquier cadena, los que han practicado el yoga reúnen en Brahma el fruto cierto de sus obras».

Puede estar seguro de que, rudo y descuidado como soy, de buena gana practicaría yoga con tesón.

«El yogui, absorto en la contemplación, contribuye a su modo en la creación: respira un perfume divino, escucha cosas maravillosas. Formas divinas lo atraviesan sin desgarrarlo y, hermanado con la naturaleza que le es propia, va, actúa, como si animara la materia original».

En algún sentido, y en escasos momentos, incluso yo soy un yogui.

Conozco mal la realidad de Turquía, pero desde luego algo sé sobre agracejos y castañas, que he recolectado en grandes cantidades este otoño. Cuando visito a mi vecino, me cuenta las últimas noticias sobre Turquía, que ha leído en el periódico del día anterior —«Turquía parece ahora decidida, como también lo está lord Palmerston»—. Prefiero hablar sobre el salvado, que por desgracia arrancaron de mi pan de esta mañana y fue arrojado a la basura. Es algo que me queda mucho más cerca. Los rumores de la prensa con los que mi anfitrión abusa de mis oídos están lejos de la verdadera hospitalidad, como también lo están las viandas que pone ante mí. No las necesitamos para alimentarnos, y las noticias están a nuestro alcance por un penique. Me interesan las noticias inevitables, sean tristes o alegres, sin importar la

razón ni la forma en la que son actuales hoy, en esta nueva jornada. Si están bien elaboradas, dejemos que silben y bailen; si son difíciles de digerir, quejémonos, pues al menos que resulten entretenidas. Si las palabras fueron inventadas para ocultar el pensamiento, creo que los periódicos son un gran paso adelante en la historia de ese invento nefasto. No permita que los periódicos tomen posesión de nuestra vida.

Le agradezco sus sinceros comentarios sobre mi libro. Me alegro de haber tenido aquella larga charla con usted, y de que tuviera la paciencia suficiente para escucharme hasta el final. Creo que yo jugaba con ventaja, pues elegí mi propio estado de ánimo y, de alguna forma, también el suyo; es decir, un estado de ánimo propenso a la lectura tranquila y atenta. Esta es la ventaja que tiene el escritor sobre el conversador. Lamento que no viniera a Concord durante sus vacaciones. ¿No es hora ya de otras vacaciones? Aún sigo aquí, y Concord está aquí.

A estas alturas ya se habrá dado cuenta de quién escribe esto, y que estará feliz de recibir su respuesta, sin que deba firmarse,

Henry D. Thoreau

P. S. Hace tanto tiempo desde la última vez que lo vi que, como habrá percibido, he de hablar como si lo hiciera in vacuo, como si se tratara del ruido sordo destinado a un eco, y no tuviera la oportunidad de comprobar qué clase de sonido hice. Pero los dioses no escuchan los sonidos bárbaros y discordantes, como hemos aprendido del eco; y sé que la naturaleza hacia la cual lanzo estos sonidos es tan rica que modulará nueva y maravillosamente mi bárbaro canto.

Sr. Blake:

Le agradezco su carta, y voy a intentar dar buena cuenta de algunas de las reflexiones que la misma me sugiere, sean o no pertinentes. Me habla de pobreza y dependencia. ¿Quiénes son pobres y dependientes? ¿Quiénes son ricos e independientes? ¿Cuándo comenzaron los hombres a respetar las apariencias y no la realidad? ¿Por qué deberían aparecer las apariencias? ¿Sabemos bien, entonces, qué es la realidad? No hay nadie que no se engañe cada hora en el respeto que concede a las falsas apariencias. Qué maravilloso sería tratar a las personas y las cosas según lo que son en realidad, ¡aunque solo fuera durante una hora! Nos asombramos de que el pecador no confiese sus pecados. Cuando nos sentimos fatigados en un viaje, soltamos nuestra carga y descansamos junto al camino. De la misma forma, cuando nos cansa el fardo de la vida, ¿por qué no abandonamos esta carga de falsedades que hemos aceptado portar voluntariamente y nos reponemos, como nunca hizo mortal alguno? Dejemos que se impongan las más bellas leyes. No nos cansemos resistiéndonos a ellas. Cuando queremos descansar nuestros cuerpos, dejamos de mantenerlos: descansamos en el regazo de la Tierra. Del mismo modo, cuando queremos que descansen nuestros espíritus, debemos recostarnos en el Gran Espíritu. Dejemos que las cosas marchen a su ritmo; dejemos que crezcan hasta donde puedan; que remonten o caigan. Conseguir dejar aunque solo sea una cosa a su aire en una mañana de invierno, así se trate de una pobre manzana congelada-descongelada que pende de un árbol, ¡qué glorioso logro! Es algo que ilumina este universo oscuro. ¡Qué infinita riqueza hemos descubierto! Dios gobierna cuando nosotros asumimos una visión respetuosa y abierta, es decir, cuando se nos presenta una visión respetuosa y abierta.

Dejemos tranquilo a Dios, si es necesario. Creo que si lo amara más, debería mantenerlo —o mejor, debería mantenerme yo— a una distancia más apropiada. No es cuando me acerco a Él, sino cuando me doy la vuelta y lo dejo solo, cuando descubro que Dios es. Digo Dios. Aunque no estoy seguro de que sea ese el nombre. Ya sabrá a quién me refiero.

Si por un instante conseguimos apartar nuestro insignificante yo, no desear ningún mal, no temer ningún mal, comportándonos solo como el cristal que refleja un rayo, ¡qué no seremos capaces de reflejar! ¡Qué gran universo aparecerá cristalizado y radiante a nuestro alrededor!

Diría, dejad que la Musa guíe a la Musa, que el entendimiento guíe al entendimiento, si bien en cada caso será el más avanzado el que se ocupe de guiar a

ambos. Si la Musa hace de acompañante, no es Musa, sino distracción. La Musa debería guiar como una estrella muy lejana; pero esto no implica que hayamos de seguirla estúpidamente, cayendo en cenagales y precipicios, pues no es a la estupidez sino al entendimiento al que debemos tener como referencia, y la Musa tiene por tarea dirigir, como una guía apropiada para un seguidor apropiado.

¿Optará por vivir o por ser embalsamado? ¿Elegirá vivir, aunque sea a horcajadas de un rayo de sol, o yacerá tranquilo en las catacumbas durante miles de años? En este último caso, lo peor que puede ocurrir es que se parta el cuello. ¿Partiría su corazón, su alma, para salvar el cuello? Los cuellos y los tallos están hechos para romperse. Los hombres hacen mucho ruido sobre la locura que supone exigirle demasiado a la vida (¿o a la eternidad?), e intentar vivir según tales expectativas. Mucho ruido y pocas nueces. Ningún daño provino nunca de ahí. No temo exagerar el valor y el significado de la vida, sino más bien no estar a la altura de la ocasión que la vida representa. Sentiría tener que recordar que yo estuve allí, pero que no advertí nada reseñable; como un príncipe disfrazado de rana; o que ha vivido la época dorada como un jornalero; que incluso visitó el Olimpo, pero se quedó dormido después de cenar y no pudo escuchar las conversaciones de los dioses. Viví en Judea hace mil ochocientos años, ¡pero nunca supe que había alguien como Cristo entre mis contemporáneos! Si existe algo más glorioso que un congreso de hombres preparando o modificando una constitución, como sospecho que hay, quiero ver los periódicos de la mañana. Me siento ávido del menor rumor, aunque solo se pueda saber acercando el oído al agujero de la cerradura. Me desperdiciaré en esa dirección.

Me alegra saber que encontró interesante lo que dije sobre la Amistad. Ojalá pudiera beneficiarme de sus críticas; serían una ayuda excepcional para mí. ¿No me las hará llegar?

Sr. Blake:

«Nunca encontré nada satisfactorio en las vidas de las que dan cuenta los periódicos», nada que valga más que los tres centavos que cuestan. ¡Satisfecho por quedar cubierto por un dedo de polvo! Nosotros, que caminamos por las calles e intentamos que el tiempo no se nos escape entre los dedos, no somos más que los desechos de nosotros mismos, y esa vida es para nuestro esqueleto —el de nuestro cuerpo y el de nuestra mente—, para nuestra costra, una vida completamente costrosa. Es café hecho de granos usados por vigésima vez, que solo puede llamarse café en el primer uso, mientras el agua de la vida salta y destella a nuestra puerta. Conozco a algunos que, en profesión de caridad, ¡regalan a los pobres sus granos de café usados! ¡Y nosotros pidiendo noticias y poniéndonos al día con tales noticias! ¿Lo que buscamos es un nuevo hecho conveniente, un nuevo accidente, o quizás se trate de una nueva percepción de la verdad que deseamos?

Me cuenta que «las horas serenas en las que la amistad, los libros, la naturaleza y los pensamientos se sitúan por encima de las preocupaciones primarias rara vez le visitan». ¿No es acaso la actitud expectante, de alguna forma, divina? ¿Una suerte de divinidad casera? ¿No exige una cierta música de las esferas? ¿Y las satisfacciones que se derivan no terminan por confundirse, aunque sea en un grado imperceptible, con el disfrute de la cosa esperada?

Me pregunto qué ocurriría si me olvidara de escribir sobre el hecho de que no escribo. No merece la pena hablar de ello. Es como si hubiera escrito cada día. Como si no hubiera escrito hasta ahora. Me sorprende que piense tanto en ello, pues en mi caso no escribir es lo más parecido a escribir sobre todo aquello que conozco.

¿Por qué no me cuenta su sueño? Sería como hacerlo realidad de alguna forma. Me cuenta que sueña, pero no qué sueña. Puedo intuir lo que sucederá. También las ranas sueñan. Me encantaría saber con qué. Nunca he conseguido saber si están despiertas o dormidas, si es de día o de noche para ellas.

Predico en el desierto, como bien sabe; esto es: para mí mismo. Y si por un casual tiene la oportunidad de venir a ocupar un banco, no piense que mis apreciaciones van dirigidas a usted en particular, lo que le haría golpear el asiento con disgusto. Escribí este discurso mucho antes de que llegara esta época apasionante.

Un trabajo absorbente que lo mantenga a buena altura, en su granja de montaña, hasta la cual difícilmente podría subir un carro y a la que es mejor llegar caminando, con la azada al hombro. Donde crece la vida-siempre-viva, se puede cultivar una

cosecha que no necesita ser llevada hasta el valle a un mercado, una cosecha que puede cambiarse por productos celestiales.

¿Es capaz de separar claramente los alimentos de su cuerpo y aquellos de su esencia? ¿De qué formas tan opuestas se consiguen unos y otros! No es que no debieran conseguirse por un mismo y único medio —el más infrecuente de los triunfos—, sino que en dicho asunto no hay términos medios.

Será un placer leer mi conferencia ante una pequeña audiencia como la que describe en Worcester, y tan solo pediría que me pagaran los gastos. Si el salón fuera tan grande como para producir un eco, los asistentes se sentirán tan desconcertados por lo que escuchan como el conferenciante. No obstante, le aviso de que mi escrito no está mejor pensado para una audiencia variada que los dos anteriores que leí ante usted. Requiere, en todo sentido, una audiencia acorde.

Iré el próximo sábado y pasaré el domingo con usted, si así lo desea. Dígame si es así.

Bebe hasta la última gota de la fuente de Pieria, o ni siquiera la pruebes. No se deje derrotar por la melancolía durante el camino que lleva a la salud inmortal y la alegría. Cuando probaron el agua del río que debían atravesar, creyeron percibir un sabor agrio en el paladar, pero se tornó más dulce cuando bajó.

H. D. T.

Concord, 9 de agosto de 1850

Sr. Blake:

Recibí su carta cuando me disponía a partir hacia la playa de Fire Island en busca de los restos de Margaret Fuller, y la leí durante el trayecto. Dicho suceso y los asuntos de los que he tenido que ocuparme me han impedido hasta ahora responderle. Es más juicioso hablar cuando a uno le hablan, pero trataré ahora de contestarle, corriendo el riesgo de no tener nada que decir.

Tengo la impresión de que los asuntos cotidianos, pese a la prominencia que les concedemos en nuestras vidas, están más lejos de la realidad que las creaciones de la imaginación. Son realmente esquemáticos e insignificantes —todo eso que generalmente denominamos vida y muerte—, y me afectan menos que mis sueños. ¿Qué tienen que ver el pequeño arroyo que de vez en cuando inunda y arrastra los molinos y los puentes y la potente marea del océano? Guardo en mi bolsillo un botón que arranqué del abrigo del difunto marqués de Ossoli el otro día, junto a la orilla del mar. Al alzarlo y mantenerlo fijo, intercepta la luz —es un botón corriente—, y toda la vida con la que enlaza este objeto es menos substancial para mí que mi más liviano sueño. Los pensamientos marcan las épocas de nuestras vidas: todo lo demás es el diario de los vientos que soplaban mientras estábamos aquí.

Me digo a mí mismo: dedícate un poco más a la labor que dices dominar. Usted no está satisfecho o insatisfecho con usted mismo sin razón aparente. ¿No posee una cualidad del intelecto de inestimable valor? Si existe algún experimento que le gustaría llevar a cabo, adelante. No deje espacio para las dudas que no le sean satisfactorias. Recuerde que no tiene por qué comer si no está hambriento. No lea los periódicos. No deje pasar ninguna oportunidad de sentirse melancólico. Y en cuanto a la salud, considérese sano. No se empeñe en encontrar las cosas tal y como usted cree que son. Haga lo que nadie más puede hacer por usted. No haga otra cosa.

No es fácil hacer de nuestras vidas algo decente, sea cual sea la actividad que realicemos. Debemos retirarnos constantemente al caparazón de nuestros pensamientos, como tortugas, con cierta impotencia. Y, sin embargo, hay algo en todo esto que va más allá de la filosofía.

No malgaste ninguna reverencia ante mí. Apenas soy capaz de mantenerme sentado donde sea que me encuentre. Estoy seguro de que mis conocidos no me juzgan con propiedad. Piden mi consejo sobre asuntos importantes, pero ignoran incluso hasta dónde llegan mis carencias materiales. No tengo otra ropa que la que visto cada día. Tan descuidado como soy con mi aspecto exterior, pues bien, aún más

descuidado soy con mi sustancia interior. Si entrara y saliera, mis trapos sucios y mis miserias serían visibles.

¿No merecería la pena descubrir la naturaleza en Milton? ¿Ser nativo del universo? Yo también venero Concord, pero soy feliz cuando descubro, en océanos y bosques lejanos, la materia de miles de ConCORDs. Me siento perdido hasta que doy con ella. Encuentro entonces menos diferencias entre una ciudad y un pantano que antes. Es un pantano, no obstante, demasiado sombrío y triste para mí, y me gustaría ver en él menos búhos, ranas y mosquitos. Prefiero, en cualquier caso, un lugar más cultivado, libre de miasmas y cocodrilos. Soy demasiado sofisticado, esto es lo que elijo.

En cuanto a los amigos perdidos, ¿qué ocurriría si nos perdiéramos el uno para el otro? ¿No hemos acordado ya un encuentro? Mientras cada cual siga su camino a través del bosque, sin prisas, incluso con una alegría serena, aunque sea caminando a cuatro patas sobre rocas y árboles caídos, seguiremos en la buena senda. No existe dirección incorrecta. ¿Cómo puede decirse que se pierde a los amigos, a los que todavía alimentan los frutos y sostienen los elementos? Un hombre que pierde a un amigo al doblar una esquina, que continúa alegremente, acompañado por una brisa fresca, silbando una cancioncilla para sí mismo, agachándose cada tanto para estudiar un líquen a un lado del camino, y que a duras penas dedicó a la amistad tres millas al día...

En cuanto a conformarse con lo que tenemos y a vivir la propia vida interiormente, no pienso demasiado en ello. No deje que su mano derecha sepa lo que hace la izquierda en relación a este asunto. Vería cómo fracasa. Tanto como al intentar caminar hacia ese hierro afilado que te divide en dos. ¿Le gustaría poner a prueba su capacidad para resistir la dilatación? Es un esfuerzo que ningún alma puede aguantar por mucho tiempo. Cuando Dios tira de un lado y el Diablo de otro, ambos con los pies bien plantados —por no hablar de la conciencia, que nos tala transversalmente— casi todas las vigas revientan.

No me atrevería a invitarle formalmente a que venga a Concord, porque soy por completo consciente de que las bayas no abundan en mis campos, y que deberemos despejarlos para poder admirar el paisaje. No obstante, venga, como sea, y así podremos vernos.

Concord, 21 de julio de 1852

Sr. Blake:

Me siento demasiado bien, estúpidamente, estos días para escribirle. Mi vida es casi por completo exterior, todo cáscara, sin semilla, de modo que temo que el relato que de ella pueda enviarle sea una almendra que, una vez partida, nada le ofrezca en su interior que llevarse a la boca. Además, usted no me ha arrinconado, de modo que disfruto de una gran libertad al escribirle, y me siento tan ligero como el aire. Sin embargo, me alegra escuchar que se ha dedicado con tanta paciencia a todo aquello que he dicho hasta ahora, y que ha descubierto alguna verdad en ello. Eso me anima a decir algo más, no en esta carta, me temo, sino en algún libro que quizá escriba algún día. Me alegra ver que para algún mortal soy tan persistente y consistente como lo es un espantapájaros para un granjero —una especie de legajo de paja con ropas de hombre, como yo mismo—, con algunos trozos de hojalata bamboleándose a mi alrededor y refulgiendo bajo el sol. Como si realmente me encontrara trabajando a destajo en el campo. Si esta vida salva la cosecha de un hombre, eso que gana. No temo ser halagado fútilmente por usted, dado que sé que me conoce bien, tal y como creo que soy o me gustaría ser, y que distingue bien entre estos dos, pues es frecuente que, al rezar al último, se condene al primero.

Recuerdo bien aquella caminata hasta Asnebumskit, un lugar perfecto para visitar en domingo, uno de los auténticos templos de la tierra. Un templo era, en la Antigüedad, «un lugar abierto y sin techo», cuyas paredes servían apenas para apartarse del resto del mundo y dirigir la mirada al cielo; y sin embargo, una moderna meeting-house nos aparta de los cielos, mientras que dentro el mundo se amontona en espacios cada vez más estrechos. Sin duda es preferible la cumbre de una montaña, donde tenemos por paredes la propia elevación del pensamiento y la profundidad del éter que nos rodea. Los frutos y las plantas, regados con el rocío de las montañas que se reúnen aquí, son más memorables para mí que las últimas palabras que escuché en un púlpito; y en cuanto a mí, prefiero mirar hacia Rutland que hacia Jerusalén. Rutland, ciudad moderna, tierra de surcos, trivial y sufrida, no demasiado venerada, sin sepulcro sagrado, pero con verdes campos profanos y caminos polvorientos, y que ofrece la oportunidad de vivir una vida tan sagrada como sea capaz, donde lo sagrado, de existir, se encuentra en uno mismo y no en el lugar.

Me temo que sus paisanos de Worcester no van con demasiada asiduidad a las cimas de las montañas, pese a que, según me han dicho, las fuentes de agua se hallan en esa región de forma más abundante en las laderas de las colinas que en los valles. Tienen fama de ser cercanos al Free-Soil. ¿Exigen también una atmósfera libre, es

decir, tanta libertad para la cabeza y el cerebro como para los pies? Si de forma plenamente consciente hubiera de unirme a las filas de algún partido, escogería aquel que mayor libertad ofrezca para el pensamiento.

En nuestros días todos se quejan del peso de los compromisos y los deberes triviales que les impiden dedicarse a algún otro asunto más elevado; y, no obstante, no hay duda de que, si tuvieran madera para ocuparse de esos asuntos más altos, serían capaces de liberarse de los compromisos, repudiándolos de forma tan natural como el respirar. Nunca se verían sorprendidos diciendo que no tienen tiempo para dedicarse a ellos, pues hasta el hombre más obtuso es consciente de que precisamente para eso es para lo único que hay tiempo. Ningún hombre que actúe guiado por el sentido del deber sitúa un minúsculo deber por encima de uno más grande. Ningún hombre puede tener el deseo de trabajar en asuntos elevados sin disponer de la capacidad para construirse una atalaya a buena altura.

En cuanto a vivir alguna experiencia importante y gloriosa, y elevarse por encima de ella, como un águila que vuela a través del cielo de la tarde en busca de regiones del firmamento aún brillantes y claras, no puedo afirmar que alguna vez haya navegado con rumbo tan claro; mi embarcación siempre estuvo asediada por viento lateral, y encalló muchas veces en la orilla, de modo que solo ocasionalmente vuelvo al centro de aquel mar. No me he dejado atrás nada bueno, pero, no temo decirlo, a mi espalda quedan continentes enteros de virtud por los que debería haber pasado como islas en mi trayecto. Sin embargo, confío —¿en qué otra cosa podría hacerlo?— en que, con un viento firme, cualquier viernes, cuando me haya deshecho de parte de mi carga tirándola por la borda, pueda recuperar toda la distancia perdida.

Tal vez la ocasión llegue cuando ya no sea suficiente con ir adelante y atrás sobre una balsa hacia alguna inmensa nave mercante, homérica o shakespeariana, encallada en el arrecife, sino que sea necesario construir una barca con los materiales de nuestro naufragio y de otros que permanecen enterrados en la arena de esta isla desolada, y encontrar para ella también madera nueva, y así partir y navegar en busca de nuevos mundos de luz y vida, donde nos esperan nuestros amigos.

Escríbame de nuevo. Hay un punto sobre el cual no ha terminado su carta, es decir, no la ha escrito con tinta indeleble, y por lo tanto no podrá ser utilizada a su favor ni en su contra según la ley, ni según

H. D. T.

Septiembre de 1852

Sr. Blake:

He aquí los escritos que le prometí. Puede conservarlos, si los considera y utiliza como fragmentos discontinuos de lo que para mí es un ensayo más completo, extraído de una lectura exhaustiva de mi diario, sobre el que tal vez vuelva de nuevo.

Le mando mis reflexiones sobre la Castidad y la Sensualidad con humildad y pudor, sin saber hasta qué punto hablo de la condición general de los hombres, o simplemente me veo traicionado por mis defectos particulares. Sáqueme de dudas si puede.

Henry D. Thoreau

AMOR

La diferencia que existe entre un hombre y una mujer, lo que les hace atractivos el uno para el otro, no ha sido aún satisfactoriamente descrita por nadie. Quizá debamos admitir lo justo de la distinción que asigna al hombre la esfera de la sabiduría y a la mujer la del amor, pese a que ninguna pertenezca en exclusiva a cualquiera de ellos. El hombre repite continuamente a la mujer: ¿por qué no eres más juiciosa?; la mujer repite continuamente al hombre: ¿por qué no eres más cariñoso? No está en su voluntad ser juiciosos o cariñosos; y sin embargo, a menos que cada uno sea juicioso y cariñoso, no habrá ni sabiduría ni amor.

Toda bondad trascendente es una, pese a que puede apreciarse de diferentes maneras o mediante distintos sentidos. La vemos en la belleza, la escuchamos en la música, la olemos en una fragancia, la saboreamos en un bocado, y todo el cuerpo la siente como una salud extraña. La variedad está en la superficie o la manifestación, pero fallamos al expresar su identidad radical. El amante, es cierto, ve en la mirada de su amada la misma belleza que aparece dibujada en los cielos del Oeste. Es el mismo daimon, al acecho aquí tras un párpado humano, allá tras los párpados declinantes del día. Aquí, a pequeña escala, se encuentra la antigua y natural belleza del atardecer y el amanecer. ¿Pero qué amante astrónomo ha conseguido alguna vez penetrar las etéreas profundidades de los ojos?

La joven esconde una flor más clara y un fruto más dulce que cualquier cáliz de la tierra, y si acude retraída, confiando en su pureza y resolución, conseguirá que, retrospectivamente, los cielos y toda la naturaleza la proclamen su reina.

Bajo el influjo de este sentimiento, el hombre es como las cuerdas de un arpa éolica, que vibran con los céfiros de la mañana eterna.

A primera vista hay algo banal en el hecho de que el amor sea tan común. Tantos son los jóvenes indios, hombres y mujeres, que a lo largo de estas riberas han cedido a la influencia de este gran civilizador. No obstante, esta generación no está disgustada o desmotivada, pues el amor no es una experiencia individual, y pese a que somos transmisores imperfectos, este no comparte nuestra imperfección; aunque seamos mortales, el amor es infinito y eterno; y esta divina influencia también fluye en estas riberas cualquiera que sea la raza que en ellas habite, y quizá siguiera haciéndolo incluso si la raza humana no habitara aquí.

Quizá sobrevive un instinto en el más intenso amor que previene del total abandono y de la entera devoción, y hace un poco reservado incluso al amante más fogoso. Se trata de la anticipación del cambio. Pues el amante más ardiente es a la vez sabio en la práctica y busca un amor que dure para siempre.

Considerando las escasas amistades poéticas que existen, es llamativo que haya tantos matrimonios. Es como si los hombres cedieran demasiado fácilmente a las directrices de la naturaleza sin consultar antes a su genio. Uno puede sentirse ebrio de amor sin estar ni siquiera cerca de encontrar su meta. Hay más de buen corazón que de buen sentido en el fondo de la mayoría de los matrimonios. Pero el buen corazón debe estar guiado por el buen espíritu o la inteligencia. ¡Cuántos matrimonios no se habrían producido si se hubiera consultado al sentido común! Y si se hubiera acudido al sentido menos común o divino, ¡qué pocos matrimonios como los que presenciamos habrían tenido lugar!

Nuestro amor puede aumentar o decrecer. Está en su naturaleza, si puede decirse así.

A las almas superiores debemos respetar,

Pero solo a las inferiores sabemos amar.

El amor es un crítico severo. El odio es capaz de perdonar más que el amor. Quien aspira a amar dignamente se expone a la más severa de las pruebas.

¿Es su amiga una de esas personas que se hacen más cercanas a medida que el valor que usted ofrece aumenta? ¿Se siente atrapada por usted? ¿Atraída por su nobleza? ¿Por su más peculiar virtud? ¿O es indiferente y ciega ante estas cosas? ¿Se mostrará complacida y halagada si va a su encuentro por cualquier sendero que no sea propiamente ascendente? En ese caso, el deber exige que se separe de ella.

El amor debe ser llama y luz.

Donde no hay discernimiento, el comportamiento del alma más pura puede llegar a la vulgaridad.

Un hombre de percepciones refinadas es más auténticamente femenino que una mujer meramente sentimental. El corazón es ciego, pero no así el amor. Ningún dios discrimina tanto.

En el amor y la amistad la imaginación se cultiva tanto como el corazón, y si alguno de ellos es ultrajado, el otro lo acusará. La imaginación es, en general, la primera en ser herida, y no el corazón, pues esta es mucho más sensible.

Comparativamente, podemos perdonar cualquier ofensa contra el corazón, pero no contra la imaginación. La imaginación es sabia —nada escapa a su mirada— y controla el pecho. Mi corazón podrá codiciar el valle, pero mi imaginación no me permitirá arrojarme al precipicio que me separa de él, pues está herida, sus alas cerradas, y no puede volar, ni siquiera para descender. «¡Nuestros “torpes corazones”!», dijo un poeta. La imaginación nunca olvida. Es un re-cordar, un re-anudar. Nada en ella es infundado, sino al contrario, bastante razonable, y solo ella utiliza todo el saber del intelecto.

El amor es el más profundo secreto. Una vez divulgado, incluso a la persona amada, deja de ser Amor. Como si solo yo te amara. Y una vez el amor cesa, se divulga.

En nuestra relación con aquel que amamos, deseamos respuestas para aquellas preguntas al final de las cuales no alzamos nuestra voz, a las que no añadimos signos de interrogación —tener respuesta con la misma mira permanente y universal, dirigida en cualquier dirección—.

Necesito que conozcas cada cosa sin que nada se te diga. Abandoné a mi amada porque había algo que debía decirle. Me preguntó sobre algo. Debería haberlo sabido todo por afinidad. Tener que contarle no era más que la certificación de nuestra diferencia, la incompreensión.

El amante nunca presta buen oído a aquello que le cuentan, pues sabe que normalmente será o mentira o poco fiable; sin embargo, está bien atento a lo que ocurre en el instante mismo, como los centinelas que sin duda escucharon a Trenck excavar la tierra y finalmente aceptaron que debía de tratarse de un topo.

Una relación puede ser profanada de distintas maneras. Las partes pueden no respetarla con la misma sacralidad. ¡Qué ocurriría si el amante supiera que es amado con encantamientos y cautelas! ¡Qué pasaría si supiera que su amante consultó a un vidente! El lazo se rompería de inmediato.

Si negociar y regatear son perjudiciales en los negocios, mucho peores son para amor. Este ha de ser directo como una flecha.

Existe el peligro de que perdamos de vista lo que nuestra amiga es de forma absoluta, y veamos solo aquello que significa únicamente para nosotros.

El que ama no quiere a un juez parcial. Dice: sé tan bueno como justo.
¿Podrías con la mente amar

Y con el corazón razonar?
¿Podrías con amabilidad comportarte
Y de tu amado separarte?

¿El mar, la tierra y el cielo surcar
Y en cada lugar llegarme a encontrar?
Entre todas las vicisitudes no haré sino escoltarte,
Entre todos los vivos, cortejarte.

Necesito su odio tanto como su amor. Tú no me rechazarás completamente hasta que repudies todo el mal que hay en mí.

En verdad, en verdad, no sabría indicar,
Por mucho que lo pueda meditar.

Qué podría decir más fácilmente,
Si el odio o el amor que siento por ti.

Debes creerme completamente
Si expreso el odio que albergo hacia ti.

¡Oh! Te odio con tal energía,
Que te destruiría con alegría.

Aun así, algunas veces, contra mi voluntad,
Mi querida amiga, te amo de verdad.

Sería traición a nuestro amor,

Y un pecado contra Nuestro Señor,
Eliminar la más mínima insignificancia

De este odio puro y libre de arrogancia.

No basta con que seamos sinceros: debemos proponernos y llevar adelante altos propósitos por los cuales ser sinceros.

Sin duda es poco frecuente que encontremos a alguien con quien relacionarnos de un modo ideal, y que ella quiera hacerlo igualmente con nosotros. No debemos tener reservas, debemos ofrecernos por completo a dicha sociedad, no debemos tener otro deber más allá de ese. ¡Alguien que pudiera soportar ser tan maravillosa y exageradamente bella cada día! Intentaría que mi amiga olvidara su baja autoestima y la ayudada a llegar a lo más alto, y allí la conocería. Sin embargo, es más frecuente que los hombres sientan tanto miedo al amor como al odio. Se ocupan de cosas mucho menos importantes. Tienen deberes más inmediatos a los que servir. Carecen de la imaginación necesaria para ocuparse así de un ser humano, y prefieren dedicarse a reparar la grieta de un tonel.

Qué enorme diferencia cuando, durante los paseos, solo encontramos extraños, y cuando en casa uno conoce a todo el mundo, o todos le conocen. ¡Tener un hermano o una hermana! ¡Tener una mina de oro en tu granja! ¡Hallar diamantes en la grava del

rellano tras la puerta! ¡Qué cosas tan extrañas! Compartir el día contigo, poblar la tierra. Tener un dios o una diosa por compañero de paseo, o pasear solo con campesinos y zafias gentes de campo. ¿Acaso no acrecienta una persona amiga la belleza del paisaje tanto como un ciervo o una liebre? Nada sería ajeno a dicha relación, y todo estaría a su servicio. Los granos de los campos, los frutos en los prados. Las flores florecerían, y los pájaros cantarían con nuevos bríos. Habría más días claros en el año.

El objeto del amor se expande y crece ante nosotros hacia la eternidad, hasta que abarca todo lo que es dable amar, y llegamos a ser todo lo que se puede amar.

CASTIDAD Y SENSUALIDAD

Es realmente importante el asunto del sexo, pues, si bien es un fenómeno que nos atañe sobremanera, directa e indirectamente y, de hecho, tarde o temprano, el tema ocupa los pensamientos de todos, casi toda la humanidad calla sobre él. Y desde luego y por norma, un sexo no habla sobre sexo con el otro. Se esconde uno de los aspectos más interesantes del ser humano con más celo que cualquier misterio. Es tratado con un secretismo y un temor religiosos. Es inusual, incluso para los amigos más íntimos, hablar de los placeres y sufrimientos relacionados con el sexo, tanto como hablar de los aspectos externos del amor, sus giros e indefiniciones. Los Shaker no agigantan tanto esta obsesión con la forma en la que hablan del asunto como hace el resto de la humanidad con la manera en la que calla. Desde luego, nadie debería hablar de algo sobre lo que no tiene nada interesante que decir. Pero nadie duda de que la educación de los hombres apenas ha comenzado, y de que, por el momento, hay escasa comunicación genuina.

En una sociedad pura, el asunto de la copulación no se evitaría con tanta frecuencia como se hace en la nuestra: siempre por vergüenza, ni siquiera por respeto. No sería apartado de toda mirada, manteniéndolo siempre en un espacio de insinuaciones, y quizá simplemente se esquivaría del mismo modo que se hace con cualquier otro misterio. Si por pudor no se puede hablar de ello, ¿cómo se puede practicar? Aunque, sin duda, existe en él mucha más pureza, e impureza, de lo que parece.

El hombre cree aparejada a su idea del matrimonio cierto grado, al menos, de sensualidad. Pero cada amante, esté donde esté, cree en su inconcebible pureza.

Si es resultado del amor puro, no tiene por qué haber nada sensual en el matrimonio. La castidad es algo positivo, no negativo. Es la virtud propia de los esposos. Todo deseo o baja pasión debe dejar paso a placeres más elevados. Aquellos que llegan a convertirse en seres superiores no pueden realizar las tareas de los inferiores. Sin embargo, las acciones del amor son las menos cuestionables de todas las que realiza un individuo, pues, fundadas como están en un infrecuente

respeto mutuo, las partes se estimulan sin descanso hacia la consecución de una vida más elevada y pura, y el acto por el que ambos se unen ha de ser, también, puro y noble, pues la pureza y la inocencia no tienen igual. En dicha relación tratamos con alguien a quien respetamos más religiosamente incluso que a nosotros mismos, de forma que, por necesidad, nos comportamos como si estuviéramos ante Dios. ¿Qué otra presencia puede ser más atroz para el amante que la de su amada?

Si se busca el calor de los afectos por motivos similares a los que los gatos, perros y personas perezosas buscan el fuego de la hoguera —porque su temperatura es baja debido a su pereza—, uno se dirige por la pendiente cuesta abajo, hacia cotas más profundas de pereza. Es preferible el afecto frío del sol, reflejado en los campos helados y nevados, o en el invierno que se resiste a marcharse de algún pequeño valle. El calor del amor celestial no relaja, sino que vigoriza y estimula a quienes de él participan. Es preferible buscar el calor del cuerpo realizando ejercicios saludables y no acurrucándose junto a una estufa. Calentemos el espíritu realizando acciones nobles, no buscando innoblemente el aplauso y la admiración de aquellos que no son mejores que nosotros. La disciplina social y espiritual debe corresponder con su disciplina corporal. Debe apoyarse en un amigo que ofrezca un pecho firme, tal como buscaría un colchón firme en el que acostarse. Solo debe beber agua fría. No debe tener oídos para palabras dulces y plácidas, sino para puras y renovadoras verdades. Debe bañarse cada día en la verdad fría como el agua de un manantial, y no recalentada por la solidaridad de los amigos.

¿Puede conducir el amor a la disipación? Tratemos de amar no tanto desde la mera aceptación, sino desde el rechazo. El amor y la lujuria están separados por un abismo. El primero es beneficioso, la segunda es dañina. Cuando dos personas unidas por el afecto simpatizan en virtud de sus respectivas naturalezas superiores, hay amor; sin embargo, existe el peligro de que simpaticen guiados por su naturaleza inferior, entonces aparece la lujuria. No hace falta que sea deliberadamente, ni siquiera de forma consciente, pero, en el contacto íntimo de los afectos, existe el riesgo de mancharse y contaminarse el uno al otro, pues solo podemos abrazarnos con un abrazo completo.

Debemos amar tanto a nuestra amiga como para asociarla únicamente a nuestros pensamientos más puros y sagrados. Cuando existe impureza, entonces nos hemos «agachado para encontrarnos», aunque ni siquiera nos hayamos dado cuenta.

El lujo de los afectos, he ahí el peligro. Debe haber valor y heroicidad en nuestro amor, como en las mañanas invernales. En la religión de todas las naciones existe una pureza que, me temo, los hombres no llegan a alcanzar. Podemos amarnos y, sin embargo, no elevarnos el uno al otro. El amor que nos acepta tal y como nos encontró nos degrada. ¿Qué atención tan grande hemos de prestar a nuestros más puros y

bellos afectos para que no se manchen! Que nuestro amar sea tal que jamás nos lleve a arrepentimos de nuestro amor.

¡Cuántos símbolos repletos de significado desaparecen del lenguaje a causa de la sensualidad! Las flores que, con sus infinitos tonos y su fragancia, celebran las nupcias de las plantas como símbolos de la belleza abierta e insospechada de todo matrimonio verdadero, cuando llega la estación primaveral para el hombre.

También la virginidad es una flor que se abre, y a causa de un matrimonio impuro la virgen es desflorada. Quien ama las flores ama a las vírgenes y la castidad. El amor y la lujuria están tan lejos el uno del otro como un jardín y un burdel.

J. Biberg, en su *Amoenitates Botanicae*, cuya edición quedó a cargo de Linnaeus, observa (traduzco del latín): «Los órganos reproductivos, que en el reino animal están casi siempre escondidos, como si hubieran de avergonzarse de ellos, en el reino vegetal están a la vista de todos; y cuando las nupcias de las plantas se celebran, es maravilloso el placer que procuran a todos los que observan, renovando los sentidos con los más bellos colores y los más dulces olores; y al mismo tiempo, abejas y otros insectos, por no hablar del colibrí, extraen miel del néctar y recogen cera del polen ya usado». El propio Linnaeus llama *thalamus* al cáliz, o cámara nupcial; y *aulaerum* a la corola, o bordado, y procede así a explicar cada parte de la flor.

¿Quién sabe si los espíritus malignos no pueden corromper las flores, robarles su fragancia y sus bellos colores, y convertir sus nupcias en una vergüenza secreta y deshonrosa? Existen varios tipos, y hay uno cuyas nupcias llenan en junio las llanuras con el olor de la carroña.

He soñado una relación entre ambos sexos increíblemente bella, demasiado para recordarla. He reflexionado sobre ello, pero mis pensamientos sobre este asunto se hallan entre los más efímeros e irre recuperables de toda mi experiencia. Es extraño que los hombres hablen de milagros, revelaciones, de la inspiración y de cosas así, como de cosas pasadas, mientras el amor permanece.

Un matrimonio verdadero no se diferenciará de la iluminación. En toda percepción de la verdad hay un éxtasis divino, un inenarrable delirio de dicha, como cuando el joven abraza a su virgen prometida. Así son los placeres de un matrimonio verdadero.

No es de extrañar que de este tipo de unión, no como fin sino como acompañamiento, provenga la raza inmortal de los hombres. El útero es la más fértil tierra.

Algunos se han preguntado si el patrón con el que están cortados los hombres no podría mejorarse, si no podrían los hombres ser aleccionados como las bestias. Purifiquemos el amor, y el resto vendrá solo. El amor es la panacea para todos los males del mundo.

La única justificación de la reproducción es la mejora. La naturaleza aborrece la repetición. Las bestias se limitan a propagar su especie. Pero la descendencia de los

hombres y mujeres nobles será superior a ellos mismos, como lo son sus aspiraciones.
Por sus frutos los conoceréis.

Concord, 27 de febrero de 1853

Sr. Blake:

No he podido responderle antes porque he pasado casi todos los días en los campos hasta tarde, realizando mediciones topográficas. Hacía mucho que no pasaba tanto tiempo dedicado a algo beneficioso desde un punto de vista pecuniario, y tan poco beneficioso desde otros puntos de vista más importantes. He ganado apenas un dólar al día durante los últimos setenta y seis días; de hecho, aunque decidí aplicar una tarifa más alta para las jornadas de trabajo previstas, en cualquier caso me llevará más de lo que calculé. Hago todo esto en lugar de dar conferencias, pues estas ni siquiera me daban para pagar el libro que mandé a imprenta. No solo paso horas de poco valor, sino también semanas y meses, es decir, tiempo que me compran a la tarifa que le he anotado. No es que me parezca perdido, o me haga sentir melancólico, pues encuentro en ello, a su vez, una barata satisfacción, al pasarlo en los pastos de un lado para otro, como los bueyes y los ciervos, lo que me proporciona una salud animal, puede ser, y además crea una dura piel alrededor del alma y el intelecto. De hecho, si alguien me ofreciera el sustento de mi cuerpo a cambio del trabajo de mi cabeza, creo que sería una peligrosa tentación.

En cuanto a si es mejor lo que usted llama «el camino del mundo» (que es en buena medida el mío) o aquel que se me revela, he de decir que el primero es impostura, y el otro verdadero. Siento la más fría confianza en este último. Nuestras oscilaciones son aquellas que el verdadero deseo suscita ante nuestro seguimiento de otras aspiraciones. La hierba oscila porque es algo inerte, carece de animación. El primero es el camino hacia la muerte, el segundo es el de la eternidad. Mis horas no son «de poco valor porque dude si el camino del mundo no habría sido mejor», sino que son de poco valor porque dudo si el camino del mundo, que he adoptado por ahora, podría ser peor.

El gran reto de esta nación, que no tiende hacia arriba, sino hacia el Oeste, hacia Oregón, California, Japón, etc., carece para mí del más mínimo interés, ya se realice a pie o en un ferrocarril de la Pacific Railroad. No lo guía un pensamiento genuino, no lo alienta ningún sentimiento, no hay nada en él por lo que merezca la pena dar la vida, ni siquiera quitarse los guantes, nada por lo que merezca la pena abrir un periódico. Es un asunto perfectamente pagano, un camino para filibusteros decididos a llegar al paraíso a través de la gran ruta del Oeste. No, pueden marchar en pos de su destino manifiesto, que confío en que no sea el mío. ¡Que mis setenta y seis dólares me ayuden, cuando consiga cobrarlos, a dirigirme en otra dirección! Los veo caminar por su ventosa ruta, pero soy incapaz de oír ninguna música saliendo de ese ejército, tan

solo el tintineo de las monedas que llevan en los bolsillos. Preferiría ser un caballero cautivo, y dejarlos pasar a todos, antes que ser libre solo para ir adonde se dirigen. ¿Qué nueva meta establecerán cuando lleguen a Japón? ¿Acaso tienen objetivos más elevados que los de un perrito de la pradera?

A este respecto, no he cambiado mi opinión ni una coma. La misma estrella que me miraba cuando era un pastor en Asiría me mira ahora, oriundo de Nueva Inglaterra. Cuanto más elevada es la montaña en la que estás, menores serán los cambios de perspectiva año tras año, siglo tras siglo, y a partir de cierta altura, ya no hay cambio. Soy un suizo sobre la arista del glaciar, con sus ventajas y sus desventajas, el bocio o lo que toque (pero en cualquiera de los casos podría esperarse algún tipo de tumefacción). Solo he tenido un nacimiento espiritual (disculpe que use esta palabra), y ahora, llueva o nieve, ría o llore, esté más cerca o más lejos de mi pauta, haya ganado las elecciones Pierce o Scott, ningún parpadeo de luz me ciega, pero de vez en cuando, aunque con intervalos más largos, la misma luz sorprendente y perennemente nueva alborea para mí, con las únicas variaciones que caracterizan la llegada natural del día, con el cual, de hecho, suele coincidir.

Sobre cómo impedir que se pudran las patatas, su opinión bien puede cambiar de año en año, pero sobre cómo impedir que se pudra el alma, no tengo nada que aprender, sino algo que poner en práctica.

Así protesto contra ellos, pero en mi locura soy el mundo que condeno.

Raramente, por no decir nunca, «siento un hormigueo que me lleva a pensar en ser útil para los demás». A veces —debe de ser cuando mis pensamientos, en busca de una ocupación, caen en el tedio— he soñado inútilmente con detener un caballo que escapaba de su propietario, aunque quizá yo deseaba que escapara para poder pararlo; o también he soñado con apagar un incendio, pero para que eso ocurriera debería haber, por supuesto, uno en marcha. Ahora, para ser sincero, ya no sueño demasiado con detener caballos que huyen, o con evitar incendios inexistentes. ¿Qué clase de loco es este que quiere hacer el bien en lugar de ocuparse de su propia vida, que es en lo que debería centrarse? Hacer el bien como si este fuera el cadáver de un animal destinado a hacer estiércol, en lugar de comportarme como un hombre vivo, en lugar de preocuparme por habitar la exuberancia y esparcir fragancias y dulces sabores, y revitalizar a la humanidad en la medida de mi capacidades y cualidades.

Tratarán de persuadirle a veces de que hizo tal cosa por tal motivo, como si no lo supiera ya. Si alguna vez hice algo bueno por alguien, en el sentido en el que la gente lo entiende, sin duda fue algo excepcional e insignificante en comparación con el bien o el mal que constantemente hago por el hecho de ser el que soy. Sería como conseguir que el hielo se amoldase a la forma de un espejo ustorio, privándolo así de sus propiedades intrínsecas. El hielo que asumiera la función del espejo ustorio no podría cumplir con su deber.

El problema de la vida se vuelve más complicado, aunque sería difícil decir en qué medida, en tanto en cuanto nuestra riqueza material aumenta —sea o no la famosa aguja la puerta adecuada—, pues el asunto no consiste simplemente ni de manera principal en la manutención de nuestro cuerpo, sino en la manutención de nuestra alma, mediante esta u otra disciplina similar: cultivando las llanuras según los principios adecuados, y haciéndolas tan productivas como una zona de altura. Tenemos muchos más talentos de los que dar cuenta. Si consigo trabajar espiritualmente en la misma medida en que dispongo de bienes mundanos, entonces solo valgo lo mismo que valía antes, no más. Creo que, en mi caso, el dinero podría ser de gran utilidad para mí, pero es probable que no lo fuera, pues la dificultad actual estriba en que no aprovecho mis oportunidades y, por tanto, no estoy preparado para que dichas oportunidades aumenten.

Ahora bien, le advierto de que si fuese como dice, la próxima primavera debería usted colgarse a la espalda la mochila del Cultivador de Altura, pues en el valle le necesitan, y desde ahora mismo debería seleccionar las simientes y dejar hecho durante el invierno todo el trabajo que pueda. Y mientras otros cultivan para usted patatas y manzanas Baldwin, debe usted cultivar para ellos las manzanas de las Hespérides. (¡Tan solo escuche cómo predicán!). Ningún hombre se da cuenta de que es propietario de una tierra de altura —alta en el sentido de que producirá cultivos más nobles y mejor pagados a largo plazo—, pero se dará perfecta cuenta de que debe cultivarla.

Pese a que estemos deseosos de ganarnos nuestro pan, no debemos precipitarnos en satisfacer a los hombres para obtenerlo —aunque no debemos olvidarnos de satisfacer nuestras cuentas con ellos—, sino a Dios, el único que nos lo dio. A este respecto, los hombres tienen el poder de encerrarnos en una celda a causa de nuestras deudas, después de que hayamos saldado enteramente nuestra deuda con Dios, lo que incluye nuestro débito con ellos, incluso aunque tengamos Su recibo de pago, dado que Su cheque carece de fondos. El cajero le dirá que el dinero no está en el banco.

Qué rápido nos disponemos a calmar el hambre y la sed de nuestros cuerpos. ¡Y cómo nos demoramos en calmar el hambre y la sed de nuestra alma! De hecho, nuestra mentalidad práctica no nos permite utilizar esta palabra sin ruborizarnos por culpa de nuestra infidelidad, porque la hemos dejado en la inanición hasta convertirla en una sombra. Es un absurdo, como si alguien prorrumiera en elogios hacia un perro que no tiene. Un hombre corriente trabajará cada día del año cavando la tierra para sustentar su cuerpo, o una familia de cuerpos, pero aquel que trabaja un día al año para alimentar su alma es un hombre extraordinario. Incluso los sacerdotes, los así llamados hombres de Dios, confiesan trabajar sobre todo por el sustento corporal. Pero solo aquel hombre que consigue mantener su alma es un hombre

verdaderamente práctico y emprendedor. ¿Acaso no tienen los hombres una vida eterna por conseguir? ¿No es este su único motivo para comer, beber, dormir o llevar un paraguas cuando llueve? Tanto valen los esfuerzos de un hombre afanado en criar sus cerdos como los que realiza para alimentar el cuerpo, es decir, la parte puramente terrena, de toda su familia humana. Si entendiéramos la exacta diferencia, casi todos nos reencontraríamos por fin en el asilo de las almas.

Me siento en deuda con usted, pues sabe mirar siempre y disciplinadamente el lado mejor, o el auténtico centro, de mi ser (pues puede que nuestro auténtico centro esté, al menos la mayoría de las veces, desviado, y que seamos, de hecho, excéntricos), y, como he dicho ya en algún otro lugar, «por darme una oportunidad para vivir». Habla como si la imagen o la idea que veo se reflejara desde mí hacia usted, y el reflejo volviera de usted hacia mí porque nos encontramos en el ángulo correcto entre nosotros; y después se marcha zigzagueando sobre las sucesivas superficies reflectantes hasta que se disipa o es absorbida por otras superficies que ya no la reflejan o la reflejan de otra forma, ¿quién sabe? O, quizá, lo que usted ve de forma directa, me lo devuelve a mí.

Sus palabras me hacen recordar a alguien que conozco, al que veo ocasionalmente, un tal Yo Mismo. ¿Y por qué no llamarlo Usted Mismo? Tal vez usted se lo ha encontrado y lo conoce, como me ha ocurrido a mí, y cuando hablamos de un conocido en común, el mío y el tuyo generan una distinción de la que no se deriva ninguna diferencia.

No me sorprende que no le gustara mi historia sobre Canadá. Apenas me atañe, y seguramente no merece la pena haber malgastado el tiempo que dediqué a escribirla. No había en mí otra intención que no fuera contar tan solo lo que vi. Introduje toda aquella parte de mi ser que tuvo alguna implicación en la excursión. De todos modos, aquí se acaba, no imprimirán el resto y me devolverán el manuscrito, cuando apenas se ha publicado la mitad —junto con otro que les envié, pues el editor, Curtis, exige libertad para omitir las herejías sin consultarme, un privilegio que todo el oro de California no podría pagar—.

Le doy de nuevo las gracias por su atención; quiero decir que me alegra que me escuche y que también usted se sienta alegre. Aférrese a su sueño más indefinido y esquivo. También el polvo verde de las paredes es una vegetación organizada; la atmósfera tiene sus propias fauna y flora flotantes. ¿Por qué pensar que los sueños no son más que polvo y cenizas, pensamientos desintegrados y decrepitos, y no pensamientos que siguen un patrón musical, como un sistema que busca organizarse? Estas son las esperanzas, las raíces, las nueces que incluso el más mísero de los hombres guarda en su despensa, y que de tanto en tanto descortezza y prepara durante las tardes de invierno, que incluso el pobre podrido de deudas mantiene junto a su cama y su cerdo, es decir, junto a su pereza y su voluptuosidad. Los hombres van

a la ópera porque allí pueden escuchar, aunque sea en la forma de una débil expresión sonora, la noticia que nunca se anuncia de forma clara y distinta. Imagine a un hombre a punto de vender su matiz, esa mínima cantidad de pigmento que colorea la superficie de sus pensamientos, a cambio de una granja, que intercambia un valor infinito y absoluto por otro finito y relativo, ¡conseguir el mundo entero y perder su alma!

No se demore en responder tanto como lo he hecho yo. Si desea mirar hacia otra estrella, intentaré aportar mi lado del triángulo.

Dígale al Sr. Brown que lo recuerdo, y que espero que él me recuerde a mí.

P. S.: Espero sepa disculpar este discurso un tanto impertinente, que no me ha supuesto un gran esfuerzo. Y no piense que siempre me refiero a usted, aunque su carta solicitaba estos temas.

Concord, 10 de abril de 1853

Señor Blake:

Un singular saco de boxeo espiritual —realmente sin nombre, sin origen, sin lugar, como yo—, una simple arena para los pensamientos y los sentimientos, bastante definida en su parte externa, más bien indefinida en su interior. Y no entiendo por qué debemos ser llamados «señores» o «maestros»: la línea que separa el ser algo del no ser nada es muy delgada, y estamos gobernados, sin lamentarnos de ello, por los más insignificantes fenómenos. Me parece que somos simples criaturas del pensamiento —una de las formas más bajas de vida intelectual, nosotros los hombres—, como el pez luna pertenece a la vida animal. Hasta ahora nuestros pensamientos no han adquirido definición y solidez; son como moluscos, invertebrados, y el ápice de nuestra existencia consiste en salir a la superficie de un océano donde brilla el sol —como una enorme sopa a los ojos de los navegantes inmortales—.

Es maravilloso que yo pueda estar aquí y usted allí, y que podamos mantener una correspondencia y hacer otras muchas cosas, cuando hay tan poco de nosotros, de ambos o de cada uno, en cualquier parte. En unos minutos, espero, esta fina capa o emanación vaporosa que soy yo estará lo que se dice dormida. ¡Descansando! ¿Descansando de qué? ¿Del duro trabajo? ¿Y de pensar? Como el duro trabajo del diente de león, que se balancea en el prado todo el día, el duro trabajo de una hormiga que se afana en construir ese montículo durante todo el día, e incluso de noche. De repente soy capaz de alcanzar la más aparente lucidez y pienso en hablarle con algo parecido al énfasis, y un minuto después me siento tan ligero y genero una impresión tan vaga, que nadie podría seguir mi rastro. Trato de darme caza a mí mismo, y encuentro que lo poco de mí que podría descubrirse se está durmiendo, y me acerco y lo arropo. Se está haciendo tarde. ¿Cómo es posible que yo muera de hambre o alimente a otro? ¿Se puede decir que yo esté durmiendo? Ni siquiera soy capaz de eso. Se escucha una especie de ruido: «No soy yo», «no soy yo»... como dice el perro con la lata atada al rabo. Leí algo el otro día que le ocurrió a alguien. ¿Por qué las cosas nunca me pasan a mí? Un diente de león que nunca se posa, soplado por un niño para averiguar si su madre le quiere, algún divino muchacho que vive en los altos pastos.

Y bien, mientras ese ligerísimo meteorito sigue surcando los cielos, querría preguntarle si sabe a quién pertenece todo esto que nos rodea. Por mi parte, tengo suficiente con las manzanas salvajes y el paisaje; pero no debería sorprenderme que el propietario me azuzase a su perro. Intento recordar algo al respecto, no muy interesante, seguramente; si me atengo a lo que conozco, entonces...

Vale la pena vivir respetándonos a nosotros mismos. Podemos estar de acuerdo con un vecino, incluso con alguien con quien compartimos la cama, a quienes tal vez respetemos poquísimos; pero tan pronto como dejamos de respetarnos a nosotros mismos, entonces no estamos para nadie ni para nada, y no hay nada que el dinero pueda hacer al respecto. No hay en el mundo nadie, por más canas que peine, que pueda ayudarme con su ejemplo o su consejo para vivir mi propia vida de forma digna y satisfactoria, pero creo que está en mis manos alzarme a mí mismo en este preciso instante sobre el nivel más común de mi existencia. Es mejor tener la cabeza entre las nubes, y saber dónde estás, si es que no puedes traspasarlas, que respirar la atmósfera más clara que hay debajo y creer que estás en el paraíso.

Una vez estaba usted en Milton sin saber qué hacer. Sin duda es posible vivir una vida mejor. Defínala y practíquela. No espere a tener una visión. No haga aquello que vea muy claro. ¿Milton y Worcester? Se trata de Blake, de Blake. No se preocupe de que haya ratones en las paredes, de eso ya se ocupará el gato. Todo lo que los hombres han dicho no es más que un vago rumor, y no merece la pena volver sobre ello. Si fuera a reunirse con Dios, ¿se lo contaría a alguien? ¿Cómo puede saber alguien si tengo o no éxito en la vida si no está aquí para verlo? No he visto por aquí al reportero del Times.

No es placentero procurarse a uno mismo lo necesario para vivir —recoger leña y tenerla preparada para encender la chimenea en cuanto vuelva el frío, o recolectar fruta para el momento en que el estómago vuelva al hambre—, no hasta que es necesario. Pero el resto del tiempo nos queda para pensar.

¿De qué serviría disponer de un trozo de madera que quemar para calentarse el cuerpo si no existiera también un fuego divino que nos caliente el espíritu?

A menos que sobre sí mismo

se alce, ¡qué mísera cosa es el hombre!

Me acurruco junto a mi estufa y allí enciendo otro fuego que calienta al fuego mismo. La vida es tan corta que no merece la pena perder el tiempo dando vueltas innecesarias, aunque solo sea con las palabras, ni podemos desperdiciar mucho tiempo a la espera. ¿Es absolutamente necesario actuar como actuamos? ¿Le debemos nuestra alma al Diablo, como Tom Walker? Aunque es tarde para abandonar este camino equivocado, nos parecerá pronto cuando llegue el momento de tomar el apropiado; en vez de media tarde, para nosotros será temprano en la mañana. Sin embargo, aún no estamos ni a medio camino del amanecer.

En cuanto a las conferencias, creo que tengo algo que decir, sobre todo en relación al Viaje, la Vaguedad y la Pobreza; pero no puedo acudir todavía. Esperaré hasta que mis pensamientos sean más completos y hasta que me libere de algunos compromisos. Sus sugerencias me serán de gran ayuda para cuando llegue el

momento de escribirlos. Mañana iré a Haverhill, para peritar unas tierras, durante una semana o quizá más. Es mi último encargo allí.

Confío en que se dé cuenta de lo exagerado que soy, que exagero las cosas cada vez que tengo oportunidad de hacerlo, que apilo el Pelión sobre el Ossa para alcanzar así el cielo. No espere de mi parte una verdad trivial, a menos que me encuentre en el estrado de los testigos. Soy tan incapaz de mentir como usted de gobernar un coche de cuatro caballos. Si no es así, poco le falta. Y no me importa si me quedo con la concha o con la ostra.

Sé que no he respondido en absoluto a su carta, pero ya habrá tiempo.

Concord, 19 de diciembre de 1853

Sr. Blake:

Mi deuda con usted ha crecido de tal modo que debería haberle escrito de forma inmediata tras recibir su carta, si no hubiera sido presa, como se suele decir, de otros compromisos, pues debí escribir una conferencia para el pasado miércoles, así como realizar nuevos peritajes topográficos. Ha sido para mí una batalla incesante, con el enemigo no siempre a mis espaldas, espero.

Es cierto, un hombre no puede levantarse tirándose a sí mismo del cinturón, dado que no puede salirse de sí mismo, pero sí puede ensanchar (lo cual es mejor, pues ahí no existen el arriba ni el abajo de la naturaleza) y así romper su cinturón, permaneciendo dentro de sí mismo.

Habla usted del hacer y del ser, y de la vanidad, real o aparente, de hacer mucho. Durante la primavera, las lampreas, si no me equivoco de pez, crean nidos en nuestros ríos gracias a la acumulación de muchas piedras de pequeño tamaño entre las que depositan sus huevos. El otro día abrí la guarida de una rata almizclera. Estaba hecha de malezas, de cinco pies de ancho en la base, y tres de altura, y en lo más profundo había una pequeña cavidad, de solo un pie de diámetro, donde habitaba la rata. Puede parecer trivial esta maraña de malezas, pero es lo que preserva la raza de este tipo de ratas.

Debemos amontonar grandes cantidades de hacer para conseguir un pequeño diámetro de ser. ¿No estamos obligados a hacer algo si, por ejemplo, trabajamos en un molino? Además, es necesaria una suerte de rotación para que existan un centro y un núcleo para la existencia. Lo que el ejercicio es para el cuerpo, el trabajo lo es para la mente y los principios morales. Piense en la gran cantidad de trabajos penosos que existe, cuánto esfuerzo tedioso y prosaico implica la obra de menor valor. Hay muchas capas blancas de material calcáreo en todos los caparazones hasta llegar a la fina capa del interior, tan primorosamente teñida. Que el molusco no construya su morada solo con lo primero; pues si, es cierto, ¿qué significan para él los colores? Pero no se trata solo de su suave y ajustada camisa, cuyos colores efectivamente no son para él, que vive en la noche permanente... excepto cuando muere y su armazón sale a la luz, como restos de un naufragio en la orilla. Pues entonces aparecen. También para él vale la Canción de la Camisa: «¡Trabaja, trabaja, trabaja!».

Pero el trabajo no es simplemente una disciplina de control, sino también una disciplina en el sentido más noble. ¿Si hacemos de él el medio para obtener un fin más alto, puede ser algún trabajo humilde o aborrecible? ¿No será más bien algo que nos permite subir como una escalera, el medio que nos permite llegar de un piso a otro?

De qué forma tan admirable está hecho el artista para desarrollar su propia formación a través de la devoción a su arte. El aserrador, pese a sus esfuerzos por hacer bien su trabajo, no se convierte primordialmente en un mejor aserrador, sino en un hombre mejor. Pocos son los hombres que pueden trabajar realmente sobre su centro umbilical, tan solo algunos brahmanes de los que he oído hablar. Al pintor, en su lugar, se le ofrecen algunos pigmentos y lienzos; al irlandés, un cerdo, tan típico suyo. Hay miles de formas aparentemente humildes a través de las cuales los hombres se afanan en que algo justo ocupe el lugar de algo incorrecto —aunque sea solo para hacer un betún mejor—, y gracias a ello son cada día moralmente mucho mejores.

Dice que no tiene demasiado éxito en la vida. ¿Le preocupa suficiente que sea así? ¿Se aplica con el necesario tesón? ¿Obtiene, al menos, el beneficio de la disciplina? Si así es, persevera. ¿Es algo más difícil que andar mil millas durante mil horas consecutivas? ¿Le saldrían callos en los pies? ¿Piensa alguna vez en ahorcarse, si fracasa?

Si piensa tomar ese camino —si se dirige a sitiar la ciudad de Dios—, no solo debe ser hábil con las máquinas de guerra, sino estar bien surtido de provisiones para esperar a que la guarnición muera de hambre. Vino a verme hoy un irlandés, que está trabajando duro para traer a su familia a este Nuevo Mundo. Se levanta a las cuatro y media, ordeña a veintiocho vacas (lo que le ha producido una inflamación en las articulaciones de sus dedos), y desayuna, sin servirse una gota de leche en su té o en su café, antes de las seis. Así, día tras día, por seis dólares y medio al mes; y así conserva su virtud, si no la aumenta. Y me tiene por un caballero capaz de ayudarlo, pero si alguna vez consigo ser un caballero, será trabajando a mi manera más duramente de lo que lo hace él. Si mis articulaciones no están inflamadas debe de ser porque yo, antes de desayunar, trabajo con las ubres de vacas celestiales (y en este caso al ordeñador se le concede un poco de leche para su desayuno), y en ocasiones con los rebaños de Admeto que llegan luego.

El arte de la humanidad consiste en pulir el mundo, y todo el que realiza un trabajo propio del hombre está dando lustre en algún lugar.

Si la obra es elevada y distante
No solo con cuidado debes apuntar,
sino con todas tus fuerzas el arco tensar.

Debe aprender a utilizar un arco que ningún arquero más modesto pueda tensar.

¡Trabaja, trabaja, trabaja!

¿Qué diríamos que es un arco? No está hecho de madera de tejo. Es más recio que un rayo de luz. La flexibilidad no es una de sus características.

Hasta ahí había llegado cuando me llamaron para ir a realizar un nuevo peritaje topográfico. No deje de leer la vida de Haydon, el pintor, si no lo ha hecho ya. Es una pequeña revelación para estos últimos tiempos que estamos viviendo, y una gran satisfacción saber que ha vivido, aunque esté ya muerto. ¿Ha leído la carta del cadí turco al final del *Ancient Babylon* de Layard? También es reconfortante, y un comentario capital de la parte del libro que la precede: el genio oriental habla a través de este autor.

Esos brahmanes «se salen con la suya». Se abandonan, o permanecen rectos, como conquistadores, exhibiendo algún brazo o miembro mustio; y se dice que han cultivado una capacidad para abstraerse jamás vista entre los europeos. Si no podemos cantar a la fe y a los triunfos, lo haremos a nuestra desesperación. Seremos esa clase de pájaro. Existen búhos diurnos y búhos nocturnos, y cada uno es bello e incluso musical en tanto se ocupe de su propio cometido.

¿No podría encontrar alguna tarea provechosa que llevar a cabo vuelto contra la Iglesia y el Estado, dejando que sea su espalda la que dé cuenta de su rechazo? ¿No puede irse en peregrinación, Pedro, por el camino ventoso de la montaña? Un paso más hará parecer lejanas las campanas que quedan a su espalda y tocan a muerto, dulcemente, como un sonido natural.

¡Trabaja, trabaja, trabaja!

¿Por qué no preparamos una inmensa tarta de chocolate al estilo de Misisipi y la cocemos al sol? No le añada ni Iglesia ni Estado, ni utilice pimienta. Haga salir de su madriguera a la marmota, que esta ya no tiene nada que ver con unas instituciones podridas. Adelante.

Tanto si el hombre pasa los días en éxtasis o abatido, debe esforzarse por realizar alguna obra que sirva de testimonio, tal como la carne y los huesos dan testimonio de él. Estamos por encima de la dicha que experimentamos.

Me ha parecido que sus dos últimas cartas tienen más nervio y determinación que de costumbre, como si se sintiera más erguido. Y bien, ¿no sería un buen trabajo, en el caso de que tuviera usted cien correspondientes que lo acusaran?

Convierta su fracaso en tragedia por la seriedad y la firmeza de su intento, y de esa forma no se diferenciará del éxito. Demuestre que se trata del destino inevitable de los mortales —de un solo mortal—, si es capaz.

Me dice que estaba escribiendo sobre la Inmortalidad. Ojalá me contara todo lo que sabe al respecto. Puede estar seguro de seguir vivo mientras se ocupe de esa cuestión.

Ahora trabajo en un texto que un pasaje de una de sus cartas me ha sugerido.

Tengo en mente ir a verle en cuanto tenga un nuevo abrigo, si es que entonces me queda algo de dinero. Volveré a escribirle pronto sobre esta cuestión.

Concord, 21 de enero de 1854

Sr. Blake:

Mi abrigo está por fin terminado, y mi madre y mi hermana afirman que estoy en buenas condiciones para viajar. Siento como si hubiese partido en el momento mismo de ponérmelo. Se trata, como de costumbre, de un objeto extraño para mí, que soy quien lo viste, inventado por algún conde d'Orsay, y su fabricante desde luego no estaba familiarizado con ninguna de mis verdaderas depresiones o elevaciones. Tan solo tomó medidas de una percha sobre la que colgarlo, y debe de haber hecho el lazo lo suficientemente largo como para darle la vuelta a mi cabeza. Para llevarlo no hace falta precisamente una inocencia indiferente, por no decir que requiere algo de insolencia. La forma en que nos procuramos nuestros abrigos no es la que debería ser. Aunque la Iglesia dijera que es justo, y sus sacerdotes me perdonasen, mi propio buen genio me dice que es precipitado, tosco y falso. Ojalá llegue un día en el que, o mejor un sentimiento de integridad a través del cual, el hombre se procure un abrigo que encaje en él tan honesta y perfectamente como la corteza en los árboles. Por ahora, sin embargo, nuestras prendas son la muestra de nuestra conformidad con los caminos del mundo, es decir, del Diablo, y en cierta medida reaccionan en nosotros y nos envenenan, como aquella túnica que se puso Hércules.

Pienso que iré a verle la semana que viene, el lunes, si nada lo impide. Acabo de llegar del tribunal de Cambridge, adonde fui llamado como testigo, pues en su momento me ocupé de inspeccionar una acequia que es objeto de disputa.

¡Oh, todas esas tierras extranjeras, más vastas que Estados Unidos o Rusia, y con menos almas por milla cuadrada, que se extienden en todas direcciones desde cada ser humano, con quienes no tenemos ninguna afinidad! La humanidad de todos estos hombres me perturba de forma simplemente monstruosa. En comparación, las rocas, la tierra, las bestias feroces no me son tan ajenas. Cuando me siento en los salones y cocinas de aquellos hasta quienes me lleva mi trabajo —iba a decir «me pone en contacto» (el trabajo, como la miseria, crea extraños compañeros de cama)—, siento una especie de temor, un abandono parecido al de un náufrago en una playa desierta. Pienso en la *Authentic Narrative* de Riley y en sus sufrimientos. Usted, como un esmerejón, flota con su compañero en los reinos del éter, en presencia de todo lo diverso, y al poco se precipita como un amorfo pichón implume, con sus alas deshinchadas. (Por cierto, disculpe la escritura, pues estoy apurando la última pluma que pude comprarme). Pero a pesar de esto, siga viajando a través de este mundo oscuro y desértico; verá que en la distancia surge un semblante inteligente y afín; las estrellas despuntan en la oscuridad y los oasis aparecen en el desierto.

No obstante (para volver al asunto de los abrigos), estamos poco menos que ahogados bajo nuestros funestos abrigos, que no llegan a quedarnos bien en ningún momento de nuestra vida. Piense en la capa con la que nos cubre nuestro trabajo o posición, qué pocas veces los hombres se tratan los unos a los otros de forma desnuda y teniendo en cuenta lo que realmente son; cómo utilizamos y toleramos la pretensión; cómo se le viste al juez con una dignidad que no le pertenece, y al testigo con una humildad que no le pertenece, y al criminal, quizá, con una vergüenza y una insolencia que ya no le pertenecen. No importa el estilo de la capa con la que tapamos esas capas. Cambie las capas: ponga la del juez en la jaula del criminal, y la del criminal en el tribunal, y entonces tendrá motivos para pensar que ha cambiado a los hombres.

No hay duda de que la más fina capa es ya un engaño consciente, una mentira, es de mala calidad y se desgasta, no es tupida como la pana, sino que su malla conforma una red basta y áspera. El hombre puede permitirse mentir en los intersticios de las hebras, pero la verdad se insinúa en la trama y consigue así un material consistente.

Quiero tan solo resaltar lo mucho que la posición social afecta la conducta y la respetabilidad de las partes, y que la diferencia entre la capa del juez y la del criminal es insignificante comparada con, o solo parcialmente significativa comparada con, la diferencia entre las cosas que sus respectivos rangos les procuran. ¡Qué diferencia lo que puede conseguirse con una capa u otra! La opinión del juez (sentencia) sobre el criminal lo sentencia, y la lee el secretario del juzgado, y se hace pública, y la ejecuta el sheriff. Sin embargo, la opinión del criminal sobre el juez tiene el valor de una sentencia, y se publica y ejecuta tan solo en la corte suprema del universo, que no es una corte de apelación. ¿Cuánto más justo es uno que otro? Los hombres están continuamente sentenciándose los unos a los otros, pero seamos jueces o criminales, las sentencias carecen de efectos a menos que nos condenemos a nosotros mismos.

Me alegra saber que no siempre limito su mirada cuando usted mira en esta dirección, que a veces ve luz a través de mi, que entre nosotros hay una ventana y no un muro ciego. En determinadas ocasiones, ¿no debe pedir la comunidad que un hombre se retire por ser una molestia que oscurece el día, una mota demasiado grande?

H. D. T.

Concord, 8 de agosto de 1854

Sr. Blake:

Creo que mi verano ha sido bastante improductivo hasta ahora. He pasado demasiado tiempo con el mundo, como diría el poeta. La más completa realización de los elevados deberes que este impone apenas me satisface. Mejor sería rechazarlos todos, ya que la vida se ha desplazado hasta un nivel en el que es imposible reconocerlos. Últimamente incluso he oído con excesiva claridad el zumbido de las moscas, y me he acusado a mí mismo de no haber acallado aún este ruido superficial. Debemos procurar no distraernos fácilmente con el llanto de los niños y las dinastías. El irlandés levanta su pocilga, y se emborracha, y farfulla cada vez más bajo mis aleros, y soy responsable de toda esa inmundicia y locura. Encuentro, como siempre, muy poco beneficioso tener mucho que ver con los hombres. Es sembrar viento sin siquiera recoger tempestades: es recoger tan solo una calma y una quietud improductivas. Nuestra conversación es meramente una fluida, civilizada e interminable especulación. Retomo el hilo por la mañana con la misma valentía con la que el inválido toma su medicina, sus polvos Seidlitz. ¿Le sirvo un poco de caballa? Sería más respetable que los hombres, como ya se ha dicho antes, en lugar de ser pigmeos atormentados, fueran Gigantes Desesperados. Emerson cuenta que su vida es tan improductiva y mezquina la mayor parte del tiempo, que se ve obligado a utilizar toda clase de recursos y, entre otros, a los hombres. Yo le digo que solo diferimos en los recursos. El mío es alejarme de los hombres. Pocas veces me conmueven por su magnanimidad o belleza; sin embargo, sé que cada día habrá un amanecer y un ocaso. En verano, este mundo es una mera estación termal —una Saratoga— que bebe vaso tras vaso de Congress Water; y en invierno, ¿acaso es mejor con los oratorios? Últimamente he visto a más hombres de lo que acostumbro, y aun cuando conozco muy bien a la mayoría de ellos, siempre me sorprende ver qué vulgares son. Hacen pequeños negocios cada día con el fin de pagar el sustento, y luego se reúnen en salones, inventan fábulas insustanciales y reman en el fango social; y cuando creo que ya están suficientemente relajados y me dispongo a verlos escabullirse hacia sus capillas, se van sin rubor a dormir y se echan por encima otra nueva capa de indolencia. Pueden ser solteros o tener familia en su faineancy. No encuentro hombres con quienes no tenga nada que hacer porque ya tengan mucho que hacer consigo mismos. Sin embargo, confío en que algunos de ellos abriguen propósitos que nunca declaran. Solo piense, por un momento, en un hombre afanado en sus asuntos. ¡Cómo lo respetaríamos! ¡De qué manera tan gloriosa se alzaría ante nosotros! Que no trabajara para ninguna

corporación ni agente, tampoco para su presidente, ¡sino que cumpliera con el fin de su ser! Un hombre dedicado a sus asuntos sería el blanco de todas las miradas.

La otra tarde estaba determinado a acallar este ruido superficial, a caminar en varias direcciones para comprobar si no habría algún silencio profundo alrededor. De igual modo que Bonaparte envió a su infantería en todas direcciones en el Mar Rojo en busca de aguas bajas, así mando yo mis pensamientos a caballo en busca de aguas profundas. Abandoné el pueblo y remé río arriba hasta Fair Haven Pond. Cuando se ponía el sol, vi a un barquero solitario que se divertía en el plácido lago. El rocío parecía limpiar y purificar el aire, y sentí una infinita tranquilidad. Tenía el mundo agarrado, por así decirlo, del cogote, y lo mantuve bajo la marea de sus propios acontecimientos, hasta que se ahogó, y entonces lo solté para que lo arrastrara la corriente, como a un perro muerto. Vastas y vacías cámaras de silencio se expandieron en todas direcciones, y mi ser se expandió en proporción, y las llenó. Fue entonces cuando, por vez primera, pude apreciar el sonido, y encontrarlo musical.

Y ahora hablemos de sus novedades. Cuénteme qué tal le fue este año. ¿Luchó en la batalla correcta? ¿Cómo marchan sus cultivos? ¿Responderá la cosecha a las expectativas que tenía durante la siembra? ¿Está contento con la posibilidad de ampliar sus tierras de labranza? ¿Hay alguna plaga en sus campos, pestilencia en sus rebaños? ¿Ha comprobado el tamaño y la calidad de sus patatas? Sienta muy bien ver esas bolas pender en las llanuras. ¿Consiguió cosechar el prado de heno antes de que el otoño cayera sobre él? ¿Hay suficiente en sus graneros para mantener su ganado? ¿Está segando malas yerbas en estos días o se ha ganado el placer de ir a pescar? ¿Plantó algún Gigante Remordimiento, tal y como vi anunciado? No se trata de una especie nueva, sino del resultado de un cultivo en suelo fértil. Son excelentes para hacer salsa. ¿Cómo van las calabazas para el invierno? ¿Cree que este otoño habrá alimento suficiente en su vecindario? ¿En qué estado se encuentran los manantiales? He leído que en su condado hay más agua en las colinas que en los valles. ¿Le resulta fácil encontrar toda la ayuda que necesita? Trabaje temprano y tarde, y deje que sus hombres y equipos descansen a mediodía. Cuídese de no beber demasiada agua dulce cuando esté trabajando con la azada y haga calor. Podrá soportar mucho mejor la temperatura.

Concord, 19 de diciembre de 1854

Sr. Blake:

Supongo que ya ha tenido noticias de mi verdaderamente «providencial» encuentro con el Sr. Brown; providencial porque me salvó de la sospecha de que mis palabras hubiesen caído sobre suelo pedregoso, cuando resultó que había algo de la tierra de Worcester allí. Permítame considerar que, de alguna forma, le dirijo esta carta a él a través de usted.

Confieso que soy un pésimo corresponsal en lo que respecta a la prontitud en la respuesta, pero tenga la seguridad de que siempre respondo, tarde o temprano. Cuanto más tiempo lo he olvidado, más lo recuerdo. Desde la última vez que le vi apenas he tenido tiempo libre. ¿Cómo le trata el mundo? O mejor, ¿cómo se las arregla sin él? Aún no he aprendido a vivir, lo sé, y me temo que no lo voy a hacer pronto. Me parece, no obstante, que a largo plazo las cosas corresponden a mi idea original, y que no corresponden en igual medida a ninguna otra cosa; así es como un hombre puede ser un auténtico profeta sin excesivo esfuerzo. Nunca el día es demasiado oscuro, ni siquiera la noche, pues al menos las leyes de la luz prevalecen y consiguen iluminar nuestro entendimiento, si está abierto a la verdad. Por supuesto existe un peligro considerable de que un hombre se vuelva loco de la noche a la mañana; pero eso no responde a ninguna finalidad válida que yo conozca, y es igual de fácil estar cuerdo.

Hemos de saber qué significan la vida y la muerte antes de que podamos seguir nuestro propio camino. Aprendamos el «abc» lo antes posible. Aún no he tenido noticia de que el sol haya sido derribado y empujado rodando a un charco de barro: aparece brillando honorablemente después de cada tormenta. Alineémonos, pues, con el sol, ya que tenemos tanto tiempo libre. No gastemos tanto en una misma pelota para darle patadas, cuando una vejiga sirve para lo mismo.

Cuando se quema a un indio, su cuerpo puede ser asado a la parrilla, puede no ser más que un filete. ¿Y qué? Pueden incluso asar su corazón, pero no podrán asar su valentía, sus principios. ¡Sea valiente! Es lo más importante.

Si un hombre quisiera ponerse en la situación de enfrentarse con valentía al mayor mal que pudiera infligírsele, se daría cuenta de que no existe un mal semejante que soportar, y que nadie demanda su valiente espalda. Cuando crearon la espalda de Atlas, eso era lo único necesario. (En este caso **α** priv., no pleon., y **τλημι**). El mundo descansa sobre principios. Los sabios dioses nunca harían del hombre su apoyatura. Pero mientras se agache y aceche y rehúya su trabajo, toda criatura pesada le aplastará los dedos de los pies; él mismo se pisará un pie con el otro.

El monstruo nunca se encuentra allí donde creemos que está. Lo realmente monstruoso es nuestra cobardía y nuestra indolencia.

No se cree disciplinas inútiles como la Iglesia católica y otras; mantenga solo aquellas positivas y fructíferas. Haga lo que sabe que debe hacer. ¿Por qué ir al extranjero, aun cuando sea al otro lado de la calle, para pedir consejo al vecino? Hay un vecino más cercano dentro de cada uno de nosotros que constantemente nos dice cómo deberíamos comportarnos. Sin embargo, esperamos al vecino exterior con la esperanza de que nos señale un camino erróneo, pero más sencillo.

Aquí disponen de un censo en el que registran el número de enfermos mentales. ¿De verdad cree que los enumeran a todos? Pues bien, en cada una de estas casas hay al menos un hombre luchando o discutiendo gran parte de su tiempo con una decena de pequeños demonios a los que él mismo ha criado y alimentado, que implacablemente roen sus partes vitales; y si por un casual resuelve al fin luchar contra ellos, dice: «¡Ay, ay, me ocuparé de vosotros después de la cena!»; y cuando ese momento llega, concluye que está preparado para otra etapa, ¡y lee una columna o dos sobre la Guerra de Crimea! Se lo ruego, seamos serios: ¿dónde está Sebastopol? ¿Quién es Ménshikov? ¿Y el tal Nicolás que hay detrás de él? ¿Quiénes son los Aliados? ¿No luchamos ya un poco (lo suficiente para estar seguros, lo justo para que fuera interesante) en Alma, en Balaclava, en Inkermann? Amamos las guerras lejanas. ¡Oh! El mosquete Minié es la reina de las armas. Hagámonos con uno, pues.

Acabo de poner otro leño en la estufa, un gran trozo de roble blanco. ¿Cuántos hombres harán lo suficiente este frío invierno para pagar la leña que los calentará? Calculo que he quemado un árbol bien grande esta noche, y ¿a cambio de qué? Llegué a un acuerdo sobre la leña con el Sr. Tarbell hace unos días; pero no es el acuerdo definitivo. Conseguí un buen precio. Finalmente, alguien dirá: «Veamos, señor, ¿cuánta madera ha quemado?». Y me estremeceré pensando en que la siguiente pregunta será: «¿Qué hizo mientras se calentaba?». ¿Acaso pensamos que las cenizas pagarán por esto? ¿Que Dios habita las cenizas? Es un hecho que debemos rendir cuentas de los actos que realizamos en el cuerpo.

¿Quién sabe si nos irá mejor o peor el próximo año de lo que nos ha ido en el pasado? En cualquier caso, le deseo un auténtico año nuevo —que comienza en el preciso instante en el que lea esta carta—, feliz o infeliz, según sus méritos.

Concord, 27 de junio de 1855

Sr. Blake:

Desde hace dos o tres meses estoy enfermo y me siento incapaz de hacer otra cosa que no sea estar tumbado boca arriba y esperar a que suceda algo. Esto me ha obligado a aplazar varios asuntos, como escribirle a usted, con quien estoy tan profundamente en deuda, e invitarle junto a Brown a Concord... pues ahora no tengo la fuerza mental necesaria para este empeño. Sentiría algo menos de vergüenza si pudiese darle un nombre a mi molestia, pero no puedo, ni tampoco nuestro doctor está en condiciones de ayudarme en esta cuestión, y yo no pronunciaré en vano el nombre de una enfermedad cualquiera. Sin embargo, hay un consuelo en el hecho de estar enfermo, y es la posibilidad de recobrar un estado de salud mejor que cualquier otro que se haya tenido nunca.

En invierno, mucho antes de todo esto, esperaba encontrarme en la profundidad de los bosques de Maine, en mi canoa; en cambio estoy tan lejos de allí, que tan solo puedo darme un lánguido paseo por las calles de Concord.

El invierno pasado recibí una carta de Cholmondeley que me gustaría enseñarle, al igual que su libro. Decía que había «aceptado la oferta de un grado de capitán en la milicia de Shropshire», y que esperaba, en breve, tomar parte activa en la guerra.

Le agradezco ahora y de nuevo el estímulo que sus cartas representan para mí. Pero he de dejarlo aquí con esta, o lo pagaré caro.

Suyo,
H. D. Thoreau

Concord, 26 de septiembre de 1855

Sr. Blake:

Hace unos días pensé que mi salud debía de haber mejorado —que había dado por fin un signo de vitalidad—, pues sentí un ligero disgusto. Pero no encuentro la forma de dar fuerza de nuevo a mis piernas. Estos meses de debilidad me han aportado pocos o casi ningún pensamiento, aunque no en la reposada forma que sugiere nuestro perezoso Musketaquid. Espero que la cosecha esté próxima. Confío en que desde la última vez que le vi haya navegado un poco río arriba cada día, aferrándose a su ancla en la noche, y que haya reservado mi lugar mientras he estado ausente.

El Sr. Ricketson, de New Bedford, me acaba de hacer una visita de un día y medio, y lo he pasado realmente bien junto a él. Él y Channing se han llevado muy bien. Es un hombre de gustos sencillos pese a su riqueza, amante de la naturaleza, pero, sobre todo, franco y claro. Creo que le encantaría conocerlo.

La sinceridad es una gran virtud, aunque rara, y somos capaces de perdonarle grandes ofensas, y la traición de muchas debilidades. R. dice a veces de sí mismo que padece todas las enfermedades del genio sin poseer el genio, se siente miserable y sin almohada, etc., expresa dudas horribles sobre «Dios», la «muerte», su «inmortalidad», dice: «Si tan solo supiera», etc. Ama el Task de Cowper por encima de cualquier otra cosa, y después de eso, quizá, a Thomson, a Gray, e incluso a Howitt. Es evidente que ha sufrido por la falta de compañeros afines. Dice que está de acuerdo con muchas de las cosas que planteo en mis libros, pero muchas otras cosas no le dicen nada —le parecen «ñoñas»..., «místicas»..., «puro relleno»—. ¿Por qué, yo que puedo, no escribo siempre en un inglés accesible, y enseño así a los hombres la forma de vivir una vida más simple, etc., en lugar de acabar en ___? Pero yo le digo que no tengo ninguna intención de hacerlo, no tengo ningún propósito para el hombre; y si lo tuviera, mi idea sería tentarlo con el fruto y no con el estiércol. ¿Acaso mi vida simple tiene una finalidad? ¿Una que yo pudiese enseñar a los demás, con la que ayudarles a simplificar sus vidas? ¿De manera que todas nuestras vidas pudiesen ser simplificadas sin más, como una fórmula algebraica? O por el contrario, ¿acaso esa finalidad consistiría en utilizar el terreno que he trabajado para vivir yo mismo más digna y provechosamente? Yo querría afanarme siempre en lo más importante —o en lo que más me importa a mi—, aunque solo fuera (y es probable que lo sea) una vibración en el aire. Como pastor debería contarles a los hombres no tanto cómo pueden conseguir a mejor precio el pan de trigo, sino el pan de la vida comparado con el cual este apenas es corteza. Deje tan solo que un hombre pruebe estas hogazas, y de inmediato

se convertirá en un hábil contable. No le llevará mucho tiempo ganárselos. No malgaste su tiempo entrenando soldados que, al fin y al cabo, quizá se vuelvan mercenarios; ofrezca al campesino iletrado un país por el que luchar. Las escuelas comienzan enseñando lo que ellos denominan «los elementos», y ¿con qué terminan?

Me alegró escuchar el otro día que Higginson y Brown iban a subir al Ktaadn. Debe de ser mucho mejor que ir a una convención abolicionista o sobre los derechos de la mujer; mejor incluso que dirigirse hacia las encantadoras y primitivas montañas de su interior, con las que ha soñado desde que era joven, y que ha visto, tal vez, en el horizonte, sin haberlas coronado nunca.

Pero ¿qué tal se encuentra? ¿Le es dulce el aire? ¿Encuentra alguna labor a la que dedicarse, en la que pueda realizar algo concreto cada día? ¿Ha dejado atrás las dudas y la indolencia con la suficiente convicción? ¿Tuvo algún sueño redentor este verano? Anoche soñé que podía pasar por encima de cualquier obstáculo que quisiera. Eso ya fue algo: por la mañana me contemplaba a mí mismo con una vaga satisfacción.

Creo que le escribiré. Creo que le gustará saberlo. Permaneceremos sobre cimientos sólidos el uno con respecto al otro: yo como una columna plantada en un lado; usted, en el otro. Al ser erguidas, ambos contemplamos el mismo sol. Fuimos contruidos con paciencia, y hemos llegado a nuestro vínculo. No caeremos ninguno con lo que vayamos encontrando, sino que grandiosa y eternamente superaremos las dificultades. Creo ver una inscripción en usted, tallada por el arquitecto, de la que ha desaparecido el estuco. El nombre de ese ambicioso rey mundano se desmorona. Lo veo a través de la puesta de sol con la luz propicia. Cada uno debe descubrir el mundo para el otro, como lo haría un velero que pasase por allí. Asegúrese de señalar a las estrellas. ¿Cómo se está en aquel lado? No le pediré que me responda hasta que piense que he pagado todas las deudas que contraje con usted.

Acabo de recibir una carta de Ricketson en la que me urge a ir a New Bedford, algo que probablemente haré. Dice que allí puedo llevar mis ropas más viejas.

Deje que mi recuerdo permanezca en su tranquilo hogar.

Sr. Blake:

¡Gracias! Gracias por haber venido a partir leña conmigo —y por divertirse con ello—, por calentarse con mi fuego. Es algo que, es cierto, he disfrutado mucho solo. Ahora veo que podría disfrutarlo incluso más acompañado, que podríamos ayudarnos mutuamente a vivir mejor. Ser admitido en el corazón de la naturaleza no cuesta nada. Nadie está excluido, excepto quien se excluye a sí mismo. Tan solo ha de descorrer el visillo.

Me alegra saber que también estaba usted allí. Hay muchos más viajes, y más largos, por hacer en ese río, pues es el agua de la vida. El Ganges no es nada comparado con él. Fíjese en los reflejos, ninguna idea le es propia. Ese río, aunque para una mirada ofuscada es terrenalmente aburrido, fluye hacia el Elíseo. ¡Qué inmensos poderes se bañan en él sin que los aldeanos lo perciban! Ellos hablan de su poca profundidad, dicen que los carros de heno pueden atravesarlo en pleno verano; su profundidad sobrepasa mi entendimiento. Si, olvidando el magnetismo del mundo, pudiese beber con suficiente profundidad de él; si, arrojado lejos de la orilla, pudiese con total integridad flotar en él, no se me vería nunca más en Mill-dam. Si existe algo de profundo en mí, existe una profundidad, sin embargo, que se corresponde en él. Es la sangre fría de los dioses. Remo y me sumerjo en sus arterias.

No quiero un trozo de leña para algo tan trivial como quemarlo, pero él lo recoge durante la noche, lo talla y lo embellece para que complazca a mis ojos. ¡Qué amante tan perseverante es! Nos suministrará haces de leña envueltos en los más delicados paquetes, y con los portes pagados; maderas de aroma dulce, esplendentes de flores, y que resuenan como si Orfeo acabase de abandonarlas; esta será nuestra leña, ¡pero todavía preferimos comprarla en el mercado!

El jarro que encontramos aún sigue desaguando boca abajo en la orilla, junto al lado soleado de la casa. Ese río... ¿quién puede asegurar de dónde viene y hacia dónde va? ¿Acaso vienen esos flujos de alguna fuente más elevada? Muchas cosas que enriquecerían a un hombre flotan río abajo en su superficie. ¡Qué gran cosa sería poder permanecer alerta todo el día, cada día! Y las noches duran lo mismo que los días.

¿No cree que podría ingeniárselas para conseguir de este modo suficiente fibra leñosa para cocer su pan de trigo? ¿Acaso no ha probado, mientras tanto, la dulce corteza de otro tipo de pan, aquel que siempre está preparado en los árboles del pan del mundo?

¡Hablan de quemar el humo después de haber consumido la madera! Hay un calor mucho más intenso, por lo general malgastado, que precede al proporcionado por la madera quemada. Es el humo de la laboriosidad, que es incienso. Me había calentado tan concienzudamente en cuerpo y espíritu que cuando, al fin, hube almacenado mi leña, estuve a punto de venderla como ceniza, como si ya le hubiera extraído todo el calor.

Tendría que haber estado aquí para ayudarme a subir a mi barca. La última vez que la utilicé, el 27 de noviembre, remando río arriba en el Assabet, vi un tronco de pino redondo hundido en el agua, y con mucho esfuerzo conseguí subirlo a la barca. Cuando lo llevaba tranquilamente a casa, supe por qué lo había encontrado. Era para fabricar ruedas con las que transportar mi barca al varadero de invierno. Corté dos rodillos de los extremos, los perforé para hacer las ruedas, y luego, a partir de una viga que había encontrado a la deriva en el río en verano, construí el eje de madera, y con ello extraje mi barca del río.

La señora Mary Emerson está aquí: es la persona más joven de Concord, pese a que ronda ya los ochenta, y la más perspicaz ante los pensamientos genuinos; deseosa de conocer la vida interior de uno; una compañía muy estimulante, y extremadamente ingeniosa, además. Dice que siempre le decían que parecía mayor cuando era joven, y que no ha envejecido desde entonces. Ojalá pudiera verla.

Mis libros no llegaron hasta el 30 de noviembre, pues la bodega del Asia ya estaba completa cuando llegaron a Liverpool. Los he guardado en una vitrina que hice mientras tanto con tablas recuperadas del río. Aún no me he sumergido en ninguno. Uno de ellos tiene una encuadernación realmente espléndida. Están escritos en inglés, francés, latín, griego y sánscrito. Aún desconozco el motivo de este regalo de los dioses.

¡Adiós, y que le acompañen sueños luminosos!

Concord, 13 de marzo de 1856

Sr. Blake:

Es hora ya de que le escriba una carta. No he tenido noticias de Harrisburg desde que me ofrecí a ir allí, y el pasado invierno no me invitaron a dar conferencias en ningún otro lugar. Como ve, cada día soy más rico. Me parece del todo justo, pues es tal mi relación con quienes van a las conferencias, que me sorprendería y alarmaría que me llamaran. Confieso que me alarmo grandemente incluso cuando escucho que alguien quiere conocerme, pues mi experiencia me ha enseñado que de ese modo tan solo adquirimos la certeza de nuestra mutua extrañeza, de la que de otro modo nunca podríamos haber sido conscientes.

Todavía no he recuperado la fuerza suficiente para una caminata como la que me propone, aunque me encuentro lo bastante bien como para dar paseos cortos y trabajar en mi habitación. Incluso en estas circunstancias, soy el mayor caminante de Concord —para su desgracia, todo sea dicho—. Recuerdo nuestras caminatas, nuestras charlas y paseos en barca con gran satisfacción, y confío en que se repetirán en breve; que recogeremos leña de nuevo, pues incluso en primavera debemos buscar «combustible para alimentar nuestros fuegos».

Tal y como sugiere, tendemos a valorarnos el uno al otro por lo que somos de un modo absoluto, y no en términos relativos. ¿Qué le sugiere este símbolo de la afinidad?



En cuanto a los cumplidos, incluso las estrellas me elogian, y yo las elogio a ellas. A veces pertenecemos a la misma sociedad de admiración. ¿No le ocurre igual? Hace tiempo que le conozco. ¿No es lo suficientemente duro y serio como para que se dirijan a usted, sea para elogiarlo, sea para criticarlo? ¿Debemos comprobar en The Letter Writer qué cumplidos son admisibles? No temo los elogios, pues los he practicado conmigo mismo. En cuanto a mis méritos, nunca he llevado un inventario de tal mercancía, y en este sentido no presto atención a si soy laudable o no. Cuando me doy cuenta de que se acercan elogios, ¿acaso no me elevo y me inclino para escucharlos como haría el cielo, y de forma igualmente impersonal? ¿Cree que me apropio de ello para alimentar mis débiles piernas? No. Alabe a voluntad, hasta que todo sea azul.

He podido saber por los periódicos que ha llegado la temporada del azúcar. Ahora es el momento de ser una roca, un arce o un nogal. Confío en que haya hecho acopio de cubas para la savia y pitorros de zumaque. Temprano, en la primera mañana helada, sangre los arces: la savia no correrá en verano, ya sabe. No importa si extrae poco almíbar, siempre y cuando extraiga todo lo que pueda, y lo condense. Tan solo una vez hice un trozo de azúcar, una vigésima parte de una pulgada, a partir de una calabaza, y fue suficiente. Aunque la producción no sea mayor que eso, no deja de ser la temporada para hacerlo, y no por ello será menos dulce; al contrario, será infinitamente dulce.

Y si el arce produce azúcar, ¿no podría hacerlo el hombre? Si el granjero se afana, sin duda podrá ofrecer una buena cantidad de azúcar antes de que termine marzo; mientras, yo leo los periódicos. Mientras él trabaja en su pequeña fábrica de azúcar, déjeme trabajar en la mía: pues la dulzura está en mí, y en azúcar terminará, y no solo en alimento de las hojas y los troncos. ¿Acaso no soy un arce azucarero humano? Condense toda la savia que la primavera hace fluir en su interior. No se quede en el almíbar, llegue hasta el azúcar, aunque dé al mundo un único cristal, un cristal que no se ha obtenido de los árboles de su jardín, sino de la nueva vida que se agita en sus poros. Espume alegremente su caldero y observe cómo se solidifica y cristaliza, y conviértalo en motivo de fiesta, si le complace. Los cielos le serán propicios, como usted se lo es al campesino.

Dígale al campesino: «He ahí su cosecha, y he aquí la mía. La mía es azúcar con la que endulzar el azúcar. Si me escucha, endulzaré toda su carga, su vida entera».

Entonces los visitantes preguntarán: «¿Dónde está Blake?». Se encuentra en su pequeña fábrica de azúcar en las montañas. Que el mundo lo espere. Y los muchachos más jóvenes lo bendecirán, y también los mayores, pues ese azúcar es el origen de muchos condimentos: llegan los «blakianos» a las tiendas de Worcester, con una nueva forma y con sus lemas en el interior. ¿Probarán los hombres solo la dulzura del arce y de la caña el próximo año?

Un paseo por las pendientes del Asnebumskit, con su atractiva sencillez, es algo tentador, ¡hacer un fuego en la nieve bajo alguna roca! La propia pobreza de la naturaleza exterior exige una riqueza interior en el caminante. ¡Con qué Golconda debe de estar familiarizado, para deshelarse los dedos con un fuego así! Y, sin embargo...

¿No ha leído el poema «El Ángel en la casa»? Creo que le gustará.

Concord, 21 de mayo de 1856

Sr. Blake:

Hace tiempo que no reúno pensamientos tales como los que me gustaría leer para la audiencia de la que me habla. Tengo muchas cosas parecidas sobre las que podría hablar, o leer, pero no dispongo de tiempo ahora para prepararlas. Acaso algo de lo que tengo ya listo pudiera resultarles interesante y renovador, pero no quisiera pasar el sombrero por ello. He estado leyendo algunos ensayos para ver si encajan con su audiencia: pero, aunque al leerlos para mi mismo me merecieron bastante consideración, cuando conseguí un oyente para probarlos, sentí que no responderían a su finalidad. ¿Cómo podría permitirle que reuniese una audiencia ante la cual leerlos? En realidad, lo que tengo es bien demasiado disperso e impreciso, bien demasiado liviano, o bien es demasiado científico y práctico (en los últimos tiempos tropiezo con muchas cosas así) para una audiencia tan hambrienta.

Soy todavía un aprendiz, no un maestro, y me alimento de un modo algo omnívoro, ramoneando tanto los tallos como las hojas, pero quizá dentro de poco pueda hablar con precisión y autoridad, siempre y cuando la filosofía y los sentimientos no queden enterrados bajo una multitud de detalles.

No rechazo su invitación: antes bien, la acepto, aunque cambiando la fecha. Me considero ya, pues, invitado a Worcester, y doy las gracias a quien me invita. En cuanto a la excursión a Harvard, ¿me permite sugerir otra? Vengan usted y Brown a Concord el sábado, si el tiempo es bueno, y pasemos el día aquí, en el río o en las colinas, o en ambos. Así ahorraremos algo de dinero (que es importante para nuestras almas), y perderemos... no sé qué. Dice que hace tiempo ya habló de venir aquí, hágalo ahora. No le pido que lo haga porque crea que mi compañía merece la pena, sino porque creo que nos reforzamos el uno al otro. No hay más de una hora de viaje a caballo, y una vez aquí puede hacer lo que le plazca.

Entonces veremos si hemos de ofrecer alguna disculpa por nuestra existencia. Venga a Concord, venga a Concord, ¡venga a Concord! O... incumpliré su palabra.

En relación a la disputa sobre la soledad y la sociedad, cualquier comparación es impertinente. Es una marcha ociosa en el llano, en la base de la montaña, en lugar de escalar continuamente hasta la cumbre. Por supuesto, estará feliz por toda la compañía que pueda encontrar para subir con usted. «¿Vendrá a la gloria conmigo?», dice el estribillo de la canción. Amo tanto a la sociedad que ingiero todo lo que se cruza en mi camino de un solo trago. No es que amemos estar solos, sino que amamos llegar muy alto, y cuando lo hacemos, la compañía se vuelve cada vez más escasa, hasta que desaparece. Sea el Tribune en el llano, o un sermón en la montaña, o un

éxtasis privado aún más arriba. No debemos dejar de señalar hacia las cumbres, aunque la multitud no ascienda a ellas. Utilice a toda la sociedad que pueda asistirle. Pero quizá no he conseguido entrar en la esencia de su pensamiento.

Eagleswood, Nueva Jersey, 19 de noviembre de 1856

Sr. Blake:

Llevo aquí más tiempo del que esperaba, pero he demorado mi respuesta porque no sabía cuándo podría volver. Aún no sé si será dentro de tres o cuatro días. Esta incertidumbre me hace imposible establecer un día para verle, hasta que sea demasiado tarde para saber de usted de nuevo. Considero, por tanto, que debo ir directamente a casa. No creo que deba leer de nuevo mi conferencia «De qué nos beneficiamos» en Worcester, pero si está seguro de que merece la pena (es una consideración importante), viajaré expresamente desde Concord. He leído tres de mis últimas conferencias (esa incluida) a la gente de Eagleswood, e inesperadamente, con bastante éxito: es decir, me daba cuenta de que lo que estaba diciendo, con discreción, penetraba en sus oídos.

Debe disculpar que le escriba una carta tan poco filosófica, pero ahora mismo soy tan solo Thoreau el agrimensor, y es imposible conseguir un poco de soledad en este lugar.

Alcott ha estado aquí tres veces; hace dos sábados fui con él y con Greeley, por invitación de este último, a la granja de G., a sesenta kilómetros al norte de Nueva York. Al día siguiente A. y yo escuchamos el sermón de Beecher; y lo que es más, visitamos a Walt Whitman la mañana siguiente (A. ya lo había visto antes), lo que nos interesó y motivó mucho. Aparentemente es el mayor demócrata que el mundo haya visto. Reyes y aristócratas parecen arrojados por la borda, como hace tiempo que lo merecían. Una naturaleza de extraordinaria fuerza y aspereza, pero de disposición dulce, y muy apreciado por sus amigos. Aunque su aspecto es peculiar y rudo y su piel rojiza (¿en todo el cuerpo?), es, en esencia, un caballero. Mantengo mis dudas acerca de él: siento que es ajeno a mí, en cualquier caso y, sin embargo, su presencia me apresa. Es muy abierto y claro, aunque, como ya he dicho, no es delicado. Él dice que lo malinterpreté. No estoy seguro de ello. Nos contó que le encanta pasar el día subiendo y bajando la avenida Broadway en un ómnibus, sentado junto al conductor, escuchando el estruendo de los carros, y, a veces, gesticulando y declamando a voz en grito a Homero. Durante mucho tiempo ha trabajado como editor y escritor en distintos periódicos. Fue editor del New Orleans Crescent, pero ahora no tiene más dedicación que la de leer y escribir durante la mañana y pasear por la tarde, como hace la pequeña nobleza de los garabateadores.

Es probable que esté en Concord la semana que viene, de modo que puede encontrarme allí.

Concord, 6 de diciembre de 1856

Sr. Blake:

Espero que haya recibido una carta que le envié desde Eagleswood, sobre la medianoche pasada. Pasé por Worcester la mañana del 25 de noviembre, y me demoré algunas horas (de 3:30 a 6:20 h) en la sala de viajeros de la estación, algo que ahora me parece haber soñado. Dado que el primer tren de Harlem inesperadamente enlazó con el primero de Fitchburg, no pude pasar con usted la mañana tal y como le había anunciado, a causa del equipaje, etc. Si hubiese sido una hora conveniente, podría haberme encontrado con usted, es decir, si no se hubiera marchado a la carrera de caballos. Pero imagínese: ¡hacerle una visita a las tres y media de la madrugada! (Ambos habríamos necesitado gran valentía para encontrarnos a esa hora). Por decirlo de algún modo, ignoramos el hecho de que la humanidad no está en casa; no es que esté fuera, sino tan profundamente dentro que no se la puede ver, durante casi la mitad del día en esta época del año.

Caminé por la calle principal a las cinco y media, en plena oscuridad, e hice una larga pausa frente a la tienda de Brown, tratando de reconocer sus rasgos, y pensando si debía dejarle su ejemplar del Putnam junto a la puerta, aunque decidí no arriesgarme. Mientras, un vigilante (?) parecía seguirme, y me fui. Volví poco después por allí, y un muchacho me ofreció uno de los primeros ejemplares del Transcript, un muchacho a quien en realidad apenas podía ver a causa de la oscuridad. Así que me retiré, preguntándome si usted y B. se habrían enterado de que estuve allí. No pueden ni soñar quién ocupa Worcester mientras están todos dormidos. Ocurrieron varias cosas durante aquella noche que, me atrevo a decir, no fueron reflejadas en el Transcript. Una gata cazó un ratón en la estación, y se lo dio a su cría para que jugara. De modo que la tragedia mundial se produce tanto de noche como de día, y la naturaleza está enfáticamente equivocada. También vi a un joven irlandés arrodillarse ante su madre, como si rezara, mientras esta le quitaba una mota del ojo con la lengua; y pensé que nunca es tarde (¿o quizá temprano?) para aprender algo nuevo. Todo esto ocurría mientras usted y B. estaban, a todos los efectos prácticos, en ningún sitio, fuera de servicio —para la sociedad, para las carreras de caballos, para que pudiese devolverles un número del Putnam—. Es cierto que podría haberlo llamado a la vida, pero habría sido un acto cruel considerando el tipo de vida a la que habría vuelto.

Sin embargo, de buena gana le escribo ahora a la luz del día y le cuento algunas cosas de mi vida, como lo que acabo de contarle, y lo llamo a que vuelva a su vida, que no siempre es la que vive, ni siquiera de día. ¡Blake! ¡Blake! ¿Está despierto? ¿Se

da cuenta de lo gloriosa que es la mañana, de la irrepentible y esperada oportunidad que se les ofrece ahora de conseguir vida y sabiduría?

En cuanto a mí, estoy tratando de despertar, de expulsar el sueño por mis poros; pues, en general, me tomo las cosas tan despreocupadamente como un poste de la cerca: absorbo el frío y la humedad como él, y siento el grato cosquilleo que me producen los líquenes que poco a poco se extienden sobre mí. ¿No debería conformarme, entonces, con ser un poste de cedro, que dura veinticinco años? ¿Acaso no es eso preferible a ser el campesino que lo colocó, o aquel que predica a los campesinos, para finalmente llegar al cielo de los postes? Me gustaría tanto como al resto. Pero no me importaría brotar como un árbol, desplegar hojas y flores, y dar frutos.

Me siento agradecido por todo lo que tengo y todo lo que soy. Mi agradecimiento es perpetuo. Es sorprendente lo satisfecho que puede uno llegar a sentirse sin nada definido, tan solo con el sentir de la existencia. Hacer que algo mane, como de un pozo, para variar. Estoy dispuesto a hacerlo durante los próximos diez mil años y quedar exhausto. ¡Qué dulzura de pensamiento! Mis extremidades bien carbonizadas, y mi parte intelectual también, de modo que no exista el peligro de que se infecten y se pudran durante una buena temporada. Mi aliento me resulta dulce. Cómo río cuando pienso en mis vagas y abstractas riquezas. Ningún asalto en el banco puede arrebátarmelas, pues mi riqueza no es posesión, sino dicha.

¿Por qué existen todos estos años? Ahora llega otro invierno, ¿será similar al anterior? ¿No podemos satisfacer a los mendigos de una vez para siempre?

¿Ha recogido ya la madera para el invierno? ¿Qué otras cosas se ha procurado? ¿Para qué sirve un gran fuego sobre la tierra y un pequeño fuego aturdido en el corazón? ¿Está preparado para realizar la campaña decisiva: pagar su costosa formación, pagar por los soles del pasado verano, por la felicidad e infelicidad que se le prodigaron?

¿No pasa el Tiempo más rápido que el más veloz trote o ambladura de los caballos?

Despierte a Brown. Recuérdele sus deberes, que sobrepasan el periodo y la duración de los años de Worcester, pasados y por venir. Dígale que se asegure de que se encuentra en la calle mayor, por más estrecha que sea, y de que disponga de una señal luminosa, visible de noche y de día.

Aquellos que nos esperan, ¿no son realmente pacientes? Pero ni siquiera ellos serán los perdedores.

Ese Walt Whitman del que le hablé es lo que más me interesa en estos momentos. Acabo de leer su segundo libro (que me dio él personalmente), y me ha sentado mejor que ningún otro libro en mucho tiempo. Quizá los poemas que mejor recuerdo son «Un americano» y «El poema del ocaso». Hay dos o tres poemas en el libro que me parecen desagradables, como mínimo; simplemente sensuales. No celebra en absoluto el amor. Es como si las bestias hablaran. No creo que los hombres se hayan avergonzado sin razón. Por supuesto, siempre ha habido antros donde hazañas como estas han sido recitadas sin vergüenza, y no merece la pena competir con sus habitantes. Pero, incluso sobre este asunto, ha dicho más verdades que ningún otro norteamericano o contemporáneo que conozca. Creo que su poesía es estimulante, alentadora. En cuanto a su sensualidad —y puede que le resulte menos sensual de lo que parece—, no es tanto que desee que esos poemas no hubieran sido escritos, como que hombres y mujeres fuesen tan puros que pudiesen leerlos sin perjuicio, es decir, sin comprenderlos. Una mujer me dijo que ninguna mujer podía leerlos, como si el hombre pudiera leer lo que a la mujer le está vetado. Por supuesto, Walt Whitman no puede comunicarnos experiencia alguna, y si nos provoca conmoción, ¿a quién pertenece esa experiencia que revive en nosotros?

Tras algunas deducciones, en conjunto me parece muy valiente y norteamericano. No creo que todos los así llamados sermones que se han predicado en estas tierras juntos igualen su cualidad predicadora.

Debemos regocijarnos con él. En ocasiones sugiere algo más allá de lo humano. No se le puede confundir con el resto de los habitantes de Brooklyn o Nueva York. ¡Cómo deben de estremecerse cuando lo lean! Es terriblemente bueno.

Sin duda, a veces me siento cohibido. Su sinceridad y tópicos me liberan el entendimiento y lo preparan para percibir maravillas; por así decirlo, me pone sobre una colina o en medio de una llanura, me zarandea y echa encima una tonelada de tierra. Aunque brusca, y a veces inútil, es una gran poesía primitiva, una alerta o toque de trompeta sonando en el campamento norteamericano. Maravillosa como la poesía oriental, demasiado, teniendo en cuenta que cuando le pregunté si la había leído, me respondió: «No, hábleme de ella».

No llegué muy lejos en mi conversación con él, pues había dos personas más, y entre las pocas cosas que me arriesgué a decir, recuerdo que una fue, en respuesta a su papel como representante de Estados Unidos, que no tenía en gran consideración a los Estados Unidos ni a la política en general, etc., lo que le debió de suponer una pequeña decepción.

Desde que lo vi, me doy cuenta de que ya no me disturba ninguna presuntuosidad o egoísmo en sus libros. Puede llegar a ser el menos fanfarrón de todos, pues tiene más derecho a sentirse confiado.

Es un gran hombre.

Concord, 31 de diciembre de 1856

Sr. Blake:

Creo que este año no merecerá en absoluto la pena que vaya a Worcester a dar conferencias. Por desgracia, creo que será mejor que espere a estar más recuperado. Mi escritura no ha asumido forma de conferencia, y por tanto estaría obligado a leer una de las tres o cuatro conferencias antiguas, la mejor de las cuales ya la he leído a algunos de sus oyentes. Llevé esa que yo llamo «Caminar, o la Naturaleza salvaje» a Amherst, New Hampshire, la tarde de aquel frío jueves, y leeré otra en Fitchburg el 3 de febrero. Soy, simplemente, su jornalero. Es probable que esta sea la extensión de mi gira de conferencias por los alrededores.

Por tanto, tendré que reunirme con el señor Wasson en otro momento.

Creo que me cuesta mucho más de lo que aprovecho el dar conferencias ante un público variado. Es una injusticia irreparable para mi modestia: hasta tal punto me vuelvo inflexible. ¡Oh, soledad! ¡Oscuridad! ¡Mezquindad! Nunca triunfo tanto como cuando triunfo a ojos del vecino. El conferenciante cobra cincuenta dólares por sesión, pero ¿qué ocurre con su invierno? ¿Qué consuelo le procurará tener incluso cincuenta mil dólares para vivir en el mundo? No quiero dar ninguna parte de mi vida a cambio de dinero.

Estos, se podría pensar, son motivos para no dar conferencias, cuando no se tiene ninguna oportunidad importante. Tal vez sea así. Podría dar una conferencia sobre las hojas secas de roble; podría, pero ¿quién querría escucharme? Si tuviese que impartirla ante cualquier vasta audiencia, temo que sería una ganancia ínfima para ellos y una pérdida segura para mí. Me habría comportado como un villano con respecto a mis amigos y queridos asaltantes.

En estos momentos, hago mediciones de terrenos... y también doy conferencias. Hágame llegar la crema de su «plato de suave nata».

H. D. T.

Concord, 18 de agosto de 1857

Sr. Blake:

Por decimoquinta vez: tengo la sensación de que necesita algún cometido absorbente. No importa cuál sea, mientras sea honesto. Dicha ocupación favorecerá su desarrollo en direcciones más definidas e importantes. Sabe bien que debe haber un fuerte impulso para manejar correctamente el timón, aunque no sea hacia su puerto, para evitar la deriva hacia las rocas y los bancos de arena. Algunas velas tienen tan solo esa función. Está, por ejemplo, la gran flota de eruditos y hombres de ciencia, llegando y partiendo de cada costa, y a salvo por tanto de chocar contra los arrecifes, y que, esperamos, finalmente llegará al puerto que le corresponde.

Es una pena que no se encontrara aquí con Brown y Rogers. Creo que en este caso, y como excepción, cuantos más, mejor.

Sin duda se percató de que no consideré la idea de ir juntos a Maine en excursión, tal y como había planeado. Cuanto más lo pensaba, más imprudente me parecía. Sí pensé en escribirle antes de ir, aunque no para proponer que usted también viniera, pero al final me fui de un modo muy repentino, y tan solo habría podido escribirle una carta formal, de haberlo intentado, cuando no había ningún formalismo que cumplir. Ya he vuelto, y creo que he tenido un viaje bastante provechoso, sobre todo gracias al encuentro con un inteligente indio. Mi compañero, Edward Hoar, también disfrutó, pese a que sufre considerablemente cuando se ve obligado a cargar sobrepesos a través de caminos encharcados y accidentados, como en una ocasión en que hubimos de recorrer cinco millas por una ciénaga donde el agua nos llegaba a las rodillas y los árboles caídos no nos permitían ver nada. Se cayó tres veces, pues le resultaba extremadamente dificultoso llevar toda su carga. Ello impidió que ascendiese el Ktaadn. Las mejores noches fueron aquellas en las que más llovía, por los mosquitos. Le cuento estas cosas, que eran previsibles, para que entienda por qué no lo invité.

Ya de regreso, me felicito de que el mundo parezca un poco más grande en algún sentido, y no, como suele suceder, más pequeño y vacío, al haber aumentado la escala. He realizado una corta excursión al nuevo mundo en el que los indios moran. Comienza allí donde nosotros acabamos. Merece la pena detectar nuevas facultades en el hombre. Es lo más sagrado. El indio, que tan maravillosamente sabe encontrar su camino en el bosque, posee tal y tanta inteligencia que el hombre blanco no posee... y esto acrecienta mi propia capacidad, y no solo la fe, para observarle. Me alegra ver que la inteligencia transcurre por diversos canales, distintos del que yo conocía. Rescata a mis ojos dotes que antes me parecían brutales.

Es una gran satisfacción ver que sus más antiguas convicciones son permanentes. Respecto a los hechos esenciales, nunca he tenido razón alguna para cambiar de idea. El aspecto del mundo cambia de un año a otro, del mismo modo que el paisaje se viste de otro modo, pero a mí me parece que la verdad es todavía verdadera, y no reniego de uno solo de los énfasis que pueda haber inspirado. Ktaadn sigue ahí, pero es todavía más seguro que mi convicción siga también ahí, apoyándose en el mundo con más extensión y peso que una montaña, origen siempre de arroyos fecundos, y permitiendo gloriosas vistas desde su cumbre, si consigo escalarla de nuevo. Como los montes se yerguen sobre la llanura, y más inmutables y permanentes aún, siguen todavía agrupadas por ahí, más o menos cercanas a mi ojo maduro, las ideas que he acariciado, las eternas ubres de las que extraemos nuestro alimento.

Concord, 16 de noviembre de 1857

Sr. Blake:

Me lleva ventaja otra vez y, sin embargo, era yo quien le debía una o dos cartas, si no me equivoco.

Mucho se habla estos días de la dureza de los tiempos; pero creo que la comunidad en general, sacerdotes incluidos, tiene una visión incorrecta del asunto, y algunos de estos sacerdotes pretenden guiarnos con esa fórmula que hacen pasar por buena. Este fracaso general, privado y público, es también una ocasión para el regocijo, pues nos recuerda quién sabe realmente llevar el timón, y que siempre se hace justicia. Si la mayoría de nuestros comerciantes no se arruinara, al igual que los bancos, mi fe en las antiguas leyes del mundo se tambalearía. La noticia de que noventa y seis de cada cien personas que se dedican a estos negocios quebrarán próximamente es lo más agradable que han revelado las estadísticas, estimulante como el olor de los sauces en primavera. ¿No está escrito en algún lugar «El señor reina, regocíjese la tierra»? Si se deja sin empleo a miles quiere decir que no estaban bien empleados. ¿Por qué no se dan cuenta? No basta con ser trabajadores: también lo son las hormigas. ¿En qué se emplea ese trabajo?

Los comerciantes y las empresas siempre se han reído del trascendentalismo, de las leyes eternas, etc., rechazando «a esos lunáticos», como si ellos estuvieran anclados en algo no solo definido, sino también seguro y permanente. Si había alguna institución que se presumía asentada sobre pilares sólidos y seguros, y que como ninguna otra representaba este tan jactancioso sentido común, la prudencia, y el talento práctico, esa era la banca, y ahora resulta que esos bancos son simples juncos sacudidos por el viento. Apenas ningún banco del país ha cumplido su promesa. Es como si solo hiciera falta vivir cuarenta años en cada era de este mundo para ver a sus más esperanzadores gobiernos convertirse en el Gobierno de Kansas. No solo las comunidades del Brook Farm o las fourieristas han fallado, sino que la comunidad en general ha fracasado. Pero «esos lunáticos» siguen ahí, serenos, benéficos e inmutables. Los malos tiempos, pienso yo, tienen este valor, entre otros: que nos enseñan qué promesas merecen la pena, dónde se encuentran los bancos seguros. El otro día escuché alabar a un tal Sr. Eliot por haber pagado parte de sus deudas, pese a que hubo de dar a cambio casi todo lo que tenía (yo mismo he hecho lo propio muchas veces, e incluso más), e irse a una pensión. Lo ha hecho ¿y qué? Espero que haya encontrado un alojamiento decente, y que lo pueda pagar. No todo el mundo puede permitírselo. En mi opinión, sin embargo, es más barato mantener una casa, siempre y cuando no sea demasiado grande.

A veces le dirán que «el dinero es duro». Lo que muestra que no está hecho para comérselo, respondo yo. Imagine tan solo un hombre en este nuevo mundo, en su cabaña de madera, en medio de un campo de maíz y patatas, con una granja a un lado, ¡hablando de lo duro que es ganar dinero! También son duras las piedras, que no tienen aleación alguna. ¿Qué tiene todo eso que ver con cultivar su comida, cortar la madera, quedarse en casa cuando llueve, y, si es necesario, hilar y tejer la ropa? Algunos de los que se hundieron con el barco de vapor el otro día se percataron de que el dinero también era pesado. Piense en un hombre enorgulleciéndose de poseer esta clase de abundancia, como si realmente lo enriqueciera. Es como si alguien luchara por mantenerse a flote en medio del océano con una bolsa de oro a la espalda y dijera con voz entrecortada: «Valgo cientos de miles de dólares». Los veo luchar con tal ineficacia como en tierra firme, no: con menos esperanzas aún, pues en el primer caso, antes de hundirse, sueltan la bolsa, pero en el segundo piensan que resistirán y acaban hundidos con ella. Los veo nadando con sus pesados abrigos, recogiendo sus rentas y recibiendo realmente lo que se merecen, bebiendo un agua amarga que incrementa su sed, cada vez más sumergidos, hasta que al final se hunden hasta el fondo. Pero pasemos a otro tema.

¿Ha leído alguna vez la obra de Ruskin? Si no es así, le recomiendo que empiece por el segundo y el tercer volumen (que no partes) de su Pintores modernos. Estoy leyendo ahora el cuarto, y he leído otros de sus libros en los últimos tiempos. Son particularmente buenos y alentadores, aunque no sin crudeza y beatería. Los temas sobre los que hablan los volúmenes referidos son la Eternidad, la Belleza, la Imaginación, el Amor, la Naturaleza, etc., de todo lo cual se habla con un estilo muy vivo. Me sorprendieron mucho. Es reseñable que se hable de estas cosas en relación a la pintura en lugar de a la literatura. Las siete lámparas de la arquitectura es también muy bueno, pero, según recuerdo, habla demasiado de arte para mi gusto y el de los hotentotes. Nosotros queremos saber sobre los hechos y las cosas en general. Nuestro hogar es aún una choza.

Seguro que le ha enriquecido su paseo solitario por las montañas. Creo que, cuando me encuentro en las cumbres, siento el mismo temor que los demás sienten al entrar en una iglesia. ¡Para ver qué clase de tierra es esa en la que, tal vez, tenga una casa y un jardín en algún lugar! Se requieren muchos años. Debe ascender a una montaña para conocer su relación con la materia, y después su relación con su propio cuerpo, pues este se encuentra allí en su hogar, aunque usted no. Podría haber sido creado allí, y no tendrá que ir más allá para volver al polvo, no más que si estuviese en su jardín; sin embargo, su espíritu, inevitablemente, se aleja y se lleva consigo el cuerpo, si aún vive. En realidad, igual de terrible y glorioso es su jardín. ¡Mire cómo puedo jugar con los dedos! Son los mejores acompañantes que nunca he tenido. ¿De dónde provienen? ¡Qué extraño control ejerzo sobre ellos! ¿Quién soy? ¿Quiénes son

estos pequeños picos —llámelos Madison, Jefferson, Lafayette—? ¿De qué están hechos? ¿Hablo de mis dedos? En poco tiempo podrían formar parte de la cristalina cima del monte Washington. Voy allí a visitar a los primos de mi cuerpo. Hay dedos de las manos, dedos de los pies, entrañas, etc., por los que me intereso, y luego me pregunto por las relaciones entre ellos.

Déjeme que le recomiende algo: escriba con precisión lo que ha supuesto para usted ese paseo por las montañas, y vuelva a dicho ensayo una y otra vez hasta que esté convencido de que contiene todo lo importante de su experiencia. Dese a sí mismo un motivo tan importante para justificar su viaje a las montañas, pues la humanidad está siempre caminando por una montaña. No crea que puede expresarlo con claridad las diez primeras veces que lo haga, pero inténtelo de nuevo, sobre todo cuando, tras una pausa necesaria, intuya que está tocando el corazón o la cumbre de la materia, siga insistiendo y ríndase cuentas a usted mismo sobre aquella montaña. No es que el relato haya de ser largo, pero le llevará mucho acortarlo. No me llevó mucho llegar a la montaña, pensó. ¿Pero realmente la coronó? Si ha estado en la cima del monte Washington, déjeme que le pregunte qué encontró allí. Es así como se prueba a los testigos, ya sabe. Ir allí y exponerse al viento no significa nada. No escalamos mucho cuando vamos, sino que nos tomamos el almuerzo, etc., como si estuviéramos en casa. Es cuando volvemos a casa cuando realmente hemos coronado la montaña. ¿Qué nos dijo la montaña? ¿Qué hizo la montaña?

Mantengo una montaña anclada un poco hacia el Este, y la escalo en sueños, tanto dormido como despierto. Su amplia base se extiende por uno o dos pueblos, que no saben de ella, ni ella de los aldeanos, ni tampoco yo cuando la asciendo. Puedo ver su contorno general con tal claridad ahora en mi mente como el de Wachusett. No me invento nada, digo exactamente lo que veo. Me doy cuenta de que voy hacia ella cuando me siento ligero y decidido. A veces echa humo, como los altares donde se realizan sacrificios. No me consta que ningún aldeano la frecuente o sepa de ella. Prefiero cabalgar sobre esta montaña que sobre cualquier caballo.

¿Seguro que vio el lago Moosehead desde el monte Washington? Debe de estar a unos doscientos kilómetros de distancia, dos veces más lejos que el Atlántico, lo cual hace dudar de que haya podido verlo. ¿No sería el Umbagog?

El Dr. Solger ha estado dando unas conferencias en la sacristía de la ciudad sobre geografía, para los estudiantes de Sanborn, durante varios meses, a las cinco de la tarde. Emerson y Alcott han ido a escucharlo. Me sorprendió que este último me preguntara, el otro día, si no acudiría yo también a escuchar al Dr. Solger. ¡Cómo! ¡Acudir a una sala para estar sentado a esa hora del día cuando puedo estar al aire libre! Nunca se me habría ocurrido. ¿Para qué se hizo el sol? Si él no valora la luz del día, yo sí. Que dé una conferencia a búhos y lirones. Tendría que ser realmente un

gran conferenciante para conseguir que me quedase dentro a esa hora del día, cuando se acerca la noche en la que ningún hombre puede caminar.

¿No dispone de divertimentos suficientes en estos momentos? Juegue entonces al juego de fabricarse una vida. Nunca hubo nada igual. Hágalo con sobriedad, y no sude. No deje que se le escape este secreto: tengo un plan contra la ópera. ¡¡Ópera!! Pásame las exclamaciones, muchacho.

Es hora de familiarizarse con su montón de leña (esto póngalo en la categoría «Tarea del mes»), y cerciórese de que pone algo de calor en el modo en que lo consigue. No se conforme con ser calentado pasivamente. Hay en ello un alto riesgo de que el calor exterior se vea amenazado por ello. Sin embargo, un calor positivo en el interior puede resistir al fuego del horno, de la misma forma que el calor vital de un hombre vivo puede oponerse al calor que asa la carne.

Concord, 1 de enero de 1859

Sr. Blake:

Quizá le interese escuchar que Cholmondeley ha estado otra vez por aquí, tras pasar por Montreal y el lago Huron, en ruta hacia las Antillas, o más bien hacia Weisst-nicht-wo, adonde me incita a que le acompañe. Parece más expresivo que otras veces y, en general, lo que podría llamarse «un buen hombre», de principios y bastante fiable, pero muy peculiar. He estado en New Bedford con él para enseñarle una ciudad con puerto ballenero y Rockeston. Me alegró saber que había visitado a R. ¿Qué le pareció? Sospecho que no se gustaron demasiado.

He vuelto en los últimos tiempos a esa gloriosa compañía que llamamos Soledad, donde continuamente nos encontramos con los amigos, y desde la que podemos imaginar que el mundo exterior también está poblado. Sin embargo, algunos de mis conocidos de buena gana me llevarían al hospicio por el bien de la sociedad, como si yo mismo suspirara por esa posibilidad, cuando yo me considero muy amigable, y siempre estoy ocupado. Sin embargo, nunca creen una palabra de lo que digo. Disponen de un círculo, cuya sede está en la Parker House de Boston, y con eso me machacan de vez en cuando en su intento por convertirme en carne picada o tierna, apropiada para servir como cena en cualquier reunión.

El Dragón apaleó

A Hércules con su bastón,

Pero el abogado More de More Hall

Con nada en las manos

Mató al Dragón de Wantley.

¡Oh! Ese abogado More de More Hall sabía a lo que jugaba. Channing, que me escribió una vez sobre ello, blandiendo el bastón con fuerza (es probable que azuzado por otro), dice ahora, en serio, que siente darse cuenta por mis cartas de que estoy «absorto en la política», y añade, suplicando mi perdón por su franqueza: «¡Cuídese de una vida extraña que le resulte extraña!», y así cumple con su deber y se lava las manos. Le digo que es como si le dijera al perezoso, a ese hombre que se arrastra lentamente por un árbol y llora de vez en cuando: «¡Cuídese de bailar!».

Todos los médicos coinciden en que sufro falta de sociabilidad. Nunca hubo un caso como el mío. Primero, no tenía conciencia de sufrir. Segundo, como diría un irlandés, pensaba que sufría una indigestión de sociedad. Es indispensable que ingiera una dosis de Lowell & Agassiz & Woodman.

En cuanto a la Parker House, fui una vez, un día en que el círculo no se reunía, pero me pareció difícil ver a través del humo de los cigarrillos, y los hombres se sentaban en

sillones repartidos por el suelo de mármol, tan gordos como patas de tocino en un ahumadero. Era todo humo y nada de sal, ni ática ni de otro tipo. El único salón de Boston que visito sin dudarlo es la Sala de Caballeros de la Estación de Fitchburg, donde espero los coches, a veces durante dos horas, que me sacarán de la ciudad. Es un paraíso comparado con la Parker House, pues no se permite fumar y hay mucha más tranquilidad. Un gran y respetable círculo la alquila (el Town & Country Club) y estoy seguro de que siempre encontraré allí a alguien cuya cara esté vuelta en la misma dirección que la mía.

Mi último ensayo, en el que aún trabajo, se llama Colores de otoño. No sé cuán legible será (para mí y para otros).

Conocí al Sr. James la otra noche, en casa de Emerson, en una conversación alcottiana, en la cual, no obstante, Alcott apenas intervino, pues le disturbaba la oposición de James. Este último es un hombre efusivo, pero con el que se puede discutir amigablemente, debido tanto a sus doctrinas como a su buen temperamento. Pronuncia dogmas cuasifilántrópicos adornados con un estilo metafísico, pero son muy rudimentarios a efectos prácticos. Culpa a la sociedad de todos los crímenes que se producen, y alaba al criminal que los comete. Sin embargo, creo que todos los remedios que se le ocurren —pues no va más allá, simple como es— nos dejarían tal y como estamos. Ya que, por supuesto, no es regalando un pavo el Día de Acción de Gracias como pretende convertir a los criminales, sino con una comprensión genuina de cada uno de ellos: de aquel que, por ejemplo, falsamente anuncia al mundo desde el patíbulo que nunca nadie le ha tratado bien desde el día que nació. Pero no es algo fácil comprender a los demás, aunque se tenga la mejor disposición para ello. Ahí está Dobson, en la colina. ¿Y acaso no hemos intentado todos, usted, yo, el mundo entero, acercarnos a él? (Como sin duda él a nosotros). Y, sin embargo, no hemos conseguido más que enviarlo alguna vez al correccional, y él a su vez, por otro lado, según dicen, nos ha enviado a otro lugar en varias ocasiones. He aquí el verdadero estado de la cuestión, según la entiendo yo, al menos en lo que respecta a los remedios de James. Y aquí estamos, ¡ay!, ejerciendo toda la caridad que en verdad poseemos, y que nuevas leyes no podrían incrementar. Aunque, quizá, podríamos hacer alguna mejora en el correccional. Usted y yo somos Dobson. ¿Qué hará James por nosotros?

¿Ha encontrado al menos en sus andanzas el lugar donde la soledad resulta dulce?

¿En qué montaña se encuentra ahora acampado? Pese a que disfruté de mi estancia en las montañas, he de confesar que el viaje no me ofreció nada interesante. Tampoco esperaba que lo hiciera. El plan de viaje no era lo suficientemente simple y audaz. Primero hay que tener una exigencia infinita, y que no esté falta de razón, sino que se corresponda con la inversión que se está haciendo, y tener un propósito que todo lo absorba y, mientras los pies te llevan de acá para allá, viajar mucho más con la imaginación.

Para que las montañas se desplacen, viva en casa como un viajero. No debería ser en vano que se nos muestren todas esas cosas día tras día. Cada hoja marchita que veo en mis paseos, ¿acaso no he viajado precisamente para encontrarla? Viajado... ¿quién puede saber hasta dónde? ¡Qué locos están quienes piensan que su El Dorado se encuentra en cualquier parte excepto allí donde viven!

A mi parecer, estamos siempre al borde de un precipicio, aun cuando nuestros cuerpos caminen tranquilamente por las calles de Worcester. Nuestras almas (utilizo esta palabra a falta de otra mejor) están encaramadas en sus rocosas laderas, mirando hacia las llanuras. (Cuando le prestamos atención, vemos que nuestro propio cuerpo, el lugar donde acampa «el alma», es mucho más que la Garganta de Tuckerman. Sin embargo, las águilas siempre han elegido lugares escarpados para asentar sus nidos).

Siempre es así en las ciudades de las llanuras. Sus calles pueden estar pavimentadas con plata y oro, y seis carruajes pueden recorrerlas uno al lado de otro, pero los verdaderos hogares de sus ciudadanos están en las gargantas de Tuckerman que se despliegan desde ese centro hacia las montañas, una para cada hombre, mujer y niño. Así lo han dispuesto los maestros de la vida. Ese es su beau-ideal de una casa de campo. No hay riesgo de dejarse la garganta antes de llegar.

Y así vivimos en Worcester y en Concord, donde cada hombre se ejercita con regularidad en su precipicio, cual león en su jaula, y, a veces, se tuerce el tobillo al hacerlo. Disponemos de muy pocos días despejados, y son demasiadas las plagas diminutas que nos mantienen ocupados. A veces, imagino, escucha a un vecino quejarse (Brown, por ejemplo) y piensa que es un oso. Sin embargo, en general pensamos que es muy grata y estimulante esta vida en el barranco. Con todo, es una gran ventaja vivir tan alto y tener ese drenaje en esa ciudad de Dios. La rutina no es más que una suerte de aburrido e insignificante barranco, tan alto como un surco o el pasaje que une dos charcos. Pero estos barrancos son el origen de grandes corrientes, fuertes, heladas y salvajes, pues están infestadas de osos y loup-cerviers. De ellas han nacido no solo Sacos y Amazonas, sino también profetas para redimir al mundo. La por fin tranquila y fértil agua que beben las naciones y de la que se abastecen las flotas, comienza con glaciares que se derriten y que revientan en ráfagas. Recemos para que, si no fluimos por algún valle del Misisipi que fertilizamos —y es bastante improbable que lo hagamos—, nos hallemos entre las paredes de una montaña sombría y poderosa, en medio de las nubes, muy escarpada, a través de abetos enanos y píceas, en las cavidades rocosas de las pendientes, ejercitando nuestros entendimientos, creciendo.

Concord, 26 de septiembre de 1859

Sr. Blake:

No estoy seguro de estar en el humor más adecuado para escribirle: siento y pienso demasiado como un hombre de negocios, pues tengo asuntos muy fastidiosos a los que dedicarme estos meses y años debido a mi familia. ¡Así es como sirvo al rey Admeto, maldita sea! Si no fuese por mis parientes, dejaría que los lobos se comiesen a estas ovejas. ¡Con qué tipos hay que tratar! Vaqueros de algún otro rey, o del mismo, que no cuentan cuentos, la verdad, sino únicamente cabezas de ganado, y luego caen borrachos bajo un seto. ¿Qué tal muele su molino? Seguro que no lo mueve un riachuelo susurrante mientras usted se tumba tan tranquilo en un banco; por lo que parece, tiene que empujar con ambas manos, para hacer girar la muela. ¡No se puede depender de los arroyos, pobres fuerzas enclenques! No se puede depender de los mundos, dejados a su libre albedrío, sino que hay que engrasarlos y agujonearlos constantemente. En definitiva, hay que sacar adelante dos granjas a la vez: la granja en la tierra y la granja en la mente. Esas batallas de Crimea e Italia eran meros juegos de niños: los líos en que se meten quienes hacen novillos. Pero ¡qué batalla tiene que luchar un hombre para mantener en pie su ejército de pensamientos y marchar con ellos en ordenada formación sobre un terreno siempre hostil! ¡Cuántos enemigos tiene el pensamiento cuerdo! Todo soldado ha sucumbido a ellos antes de alistarse para esas otras batallas. Los hombres pueden permanecer sentados, sanos y salvos en apariencia y, sin embargo, desesperarse, y ser tan solo vacío y polvo por dentro, como una manzana del Mar Muerto. Un ejército de numerosos, valientes y bien disciplinados pensamientos en pie, y usted a su cabeza, marchando directamente hacia el objetivo: el problema es cómo conseguir esto, y las tácticas de Scott no le ayudarán en la tarea. ¡Piense en un pobre tipo, ceñido solo con un tahalí, pero sin un Estado Mayor de pensamientos atléticos que lo acompañe! Esa es su guardia pretoriana. Es bastante fácil mantener a una familia, o un Estado, pero es difícil mantener a estos vástagos del cerebro (o mejor, estos huéspedes que confían en disfrutar de su hospitalidad), son muy exigentes; y, sin embargo, quien hace solo lo primero —perdiendo así el poder de pensar con originalidad, o como sea que se pueda pensar— fracasa miserablemente. Mantenga vivos los fuegos del pensamiento y todo irá bien.

¿Zuavos? ¡Bah! ¡Lo bien que se puede invadir un país, escalar cualquier muralla y arrasar cualquier fortaleza con un ejército de pensamientos alerta! Pensamientos que envíen sus balas a las puertas del cielo, con los que puedes tomar el mundo en su totalidad, sin pagar por él, ni robar a nadie. Ya ve, ¡llega el héroe conquistador! Solo se fracasa en los pensamientos o se prevalece en los pensamientos. Siempre y cuando

piense bien, que el cielo se caiga, o que la tierra se abra en un abismo, todo ello será tan solo la música con la que marchar. Ningún adversario podrá verle nunca, ni usted a él, solo puede ser pensado. Las espadas no tienen filo, ni las balas penetración suficiente, para una contienda semejante. En su cerebro debe haber un licor que disolverá el mundo cuando deje que caiga sobre él. No hay otro disolvente universal, solo este, y todas las cosas juntas no podrán saturarlo. Mantendrá el universo en disolución, y sin embargo, será más traslúcido que nunca. La vasta máquina podrá, efectivamente, pasar por encima de nuestros pies, y que no lo sepamos; pero rebotaría y se rompería en añicos como un cañón vacío si fuese a caer justo encima del más pequeño y menos anguloso de los pensamientos de un hombre.

Parece que no tomó Cape Cod de la mejor manera. Creo que debería haber perseverado en caminar por la playa y junto a la orilla, incluso hasta el final de la tierra, por blanda que estuviera, y así, por haber llamado con insistencia a las puertas del Océano, se habría ganado que le admitieran allí. Mejor incluso con una tormenta, sin saber dónde dormiría de noche, o comería de día. Entonces debería haberle concedido un día a la playa que queda detrás de Princetown, y haber subido a las colinas cercanas, y haber sido azotado por el viento con fuerza. Espero que le guste más recordar el viaje de lo que le gustó hacerlo.

He estado confinado en casa este año entero, pero no soy consciente de haberme oxidado más de lo esperado. Un día exploré el fondo de un río bastante exhaustivamente. Me he comprometido a leer una conferencia en la Parker House el próximo 9 de octubre.

Me voy a coger bérberos para preparar una compota.

Concord, 31 de octubre de 1859

Sr. Blake:

Hablé a mis conciudadanos ayer por la tarde sobre «El personaje del capitán Brown, ahora en las garras del esclavista». Me gustaría poder hablarle a cualquier audiencia en Worcester que quisiera escucharme; con que se me pagaran los gastos, iría. Creo que debemos hablar enseguida, mientras Brown viva. Cuanto antes, mejor. Quizá Higginson quiera organizarlo. El miércoles por la tarde podría ser un buen momento. La gente de por aquí está muy interesada en el asunto. Hágame saber la respuesta lo antes que pueda.

P. S. Quizá me hayan surgido otros compromisos hacia finales de la semana.

Sr. Blake:

Debo intentar saldar algunas de las deudas que tengo contraídas con usted. Por comenzar por donde lo dejamos.

Se presupone que nosotros somos siempre los mismos; son las oportunidades y la naturaleza las que cambian. Observe la humanidad. No hay mucha diferencia entre dos personas, aparentemente. Quizá la altura, la anchura y el peso sean parecidos, pero para el hombre sentado más hacia el Este, la vida es solo cansancio, rutina, polvo y cenizas, ocupado como está en ahogar sus preocupaciones imaginarias (!) (una suerte de fricción entre sus órganos vitales) en un vaso de agua. Sin embargo, para el hombre sentado más al Oeste, contemporáneo suyo (!), es un campo destinado a los más nobles propósitos, un elíseo, la morada de héroes y semidioses. El primero se queja de los miles de asuntos de los que ha de ocuparse, pero no se da cuenta de que sus asuntos (aunque sean miles) y él son una misma cosa.

Los hombres y los jóvenes aprenden todo tipo de oficios, pero no cómo convertirse en hombres. Aprenden a levantar casas, pero no están bien alojados, no son felices en sus casas, como lo es una marmota en su hoyo. ¿De qué sirve una casa si no dispones de un planeta decente donde levantarla, si no soportas el planeta en el que está? Nivelas el suelo primero. Si un hombre cree y espera mucho de sí mismo, lo mismo da dónde ponerlo, o lo que se le enseñe (por supuesto, no podrá ponerlo en cualquier parte, ni enseñarle cualquier cosa), estará rodeado de grandeza. Su condición es la de un hombre saludable y hambriento, que se dice a sí mismo: «¡Qué corteza tan agradable!». Si se desespera consigo mismo, entonces Tofet es su hogar, y se siente como un hombre enfermo que repele los frutos de más fino sabor.

Esté dormido o despierto, corra o camine, utilice un telescopio o un microscopio o simplemente sus ojos, el hombre nunca descubre nada, nunca supera nada o deja algo atrás, excepto a sí mismo. No importa lo que diga o haga, apenas habla de sí mismo. Si está enamorado, ama; si está en el cielo, se regocija; y en el infierno, sufre. Es su condición la que determina su localización.

Lo principal, lo único que crea el hombre, es su condición de destino. Aunque generalmente ni lo conoce ni tampoco lo anuncia: «Mi propio destino se produce y se enmienda aquí» (no el suyo). Es uno de los mejores trabajadores del negocio. Dedicar a su labor veinticuatro horas al día, y la lleva a término. Sea lo que sea lo que descuide o estropee, no se conoce al hombre que haya desatendido esta tarea. Muchos presumen de hacer sobre todo zapatos, y desdeñarían la idea de que también son artífices de los tiempos difíciles que atraviesan.

Toda búsqueda y aspiración es un instinto con el que la naturaleza se alía y coopera, y por tanto no es vano. Pero ¡ay!, la desesperación y la tendencia al abandono también son instintos. Estar activos, bien, felices, implica una extraña valentía. Prestarse a luchar en un duelo o una batalla implica desesperación, o poca estima por la propia vida.

Si toma esta vida en la versión simplificada de los viejos religiosos (me refiero a los estériles, que han ido a sembrar en la sequía, meras bilis humanas espoleadas en una ocasión por el Diablo), toda su dicha y serenidad se reducirá a poner buena cara y a poseer. El caso es que ha de echarse el mundo a los hombros, como hizo Atlas, y llevárselo. Lo hará por el bien de una idea, y el éxito será proporcional a su devoción por las ideas. Esto le provocará dolor en la espalda de vez en cuando, pero sentirá la satisfacción de tenerlo en suspenso y de hacerlo girar a su gusto. Los cobardes sufren, mientras que los héroes disfrutan. Tras una larga jornada de camino con él, láncelo a un hueco, siéntese y cómase el almuerzo. Inesperadamente, gracias a algunos pensamientos eternos, será recompensado. El banco en el que descansa será colorido, y el olor en torno, embriagador, y el mundo que arrojó al hueco, elegante y ligero como una gacela.

¿Dónde se encuentra la terra incognita sino en las empresas que no hemos intentado aún? Para un ánimo aventurero, cualquier lugar —Londres, Nueva York, Worcester, o su propio jardín— es un «territorio virgen», aquel por el que Frémont y Kane viajan tan lejos. Para un espíritu débil y derrotado, incluso la Gran Cuenca y la Estrella Polar son lugares triviales. Si consiguen llegar (y, de hecho, están allí ahora) querrán dormir, y ceder, como hacen con todo. Estos son los reinos de lo Conocido y lo Desconocido. ¿Qué sentido tiene seguir firmemente los viejos caminos? Hay una víbora en el camino que tus pies han desgastado. Debe abrir vías hacia lo Desconocido. Para eso tiene su ropa y su comida. ¿Por qué remienda su ropa si no es con el objetivo de, llevándola puesta, mejorarse uno mismo?

Cantemos.

Concord, 4 de noviembre de 1860

Sr. Blake:

Me alegra oír detalles de su excursión. En cuanto a mí mismo, le busqué un poco ese lunes, cuando, según parece, pasó Monadnoc; dirigí mis prismáticos hacia varios grupos que subían la montaña media milla más allá por uno de nuestros costados. En definitiva, estuve tan cerca de verle como usted de verme a mí. No tengo ninguna duda de que lo hubiésemos pasado muy bien si hubiese venido, pues tenía, ya preparadas, dos casitas con techo de píceas, en las que se podía estar de pie, completas en todos los aspectos, separadas media milla una de otra, y usted y B. podrían haberse alojado por su cuenta en una de ellas, si no con nosotros.

Empezamos con muy buen pie nuestra vida de montaña. Tal vez recuerde que el sábado anterior fue un día tormentoso. Pues bien, ascendimos bajo la lluvia — completamente mojados— y nos encontramos en una nube en mitad de la tarde, en una circunstancia nada propicia para buscar un buen sitio donde acampar. Así que seguimos adelante, a través de la nube, hasta esa piedra memorable, «pedazo de jardín», en la que una vez levantamos nuestro humilde campamento; y allí, tras poner nuestro equipaje debajo de una roca, como tenía una buena hacha, construí una techumbre robusta, que Channing proclamó ser «la casa más bonita que había visto nunca» (nunca antes había acampado, así que estaba predispuesto). Ya era casi de noche, y para entonces ya estábamos casi tan mojados como si hubiésemos estado metidos en una pipa de agua. Entonces hicimos fuego ante la puerta, en el mismo emplazamiento exacto en el que hicimos nuestra pequeña fogata dos años antes, y nos llevó un tiempo quemar sus restos hasta llegar a la tierra de debajo. De pie delante de él, y dándonos la vuelta lentamente, como carne asándose, llegamos a estar tan secos como nunca, después de unas horas, y así, al fin, nos fuimos a dormir.

Fue mucho mejor que ir hasta allí con buen tiempo y no vivir aventura alguna (sin saber cómo apreciar ni el buen ni el pésimo tiempo), sino dormir en una casa aburrida, común y corriente, y ante un fuego —en comparación con el nuestro— inútil, tal y como hacemos cada noche. Por supuesto, agradecemos a nuestras estrellas, cuando las vimos, que fue hacia la medianoche, que aparentemente se hubiesen retirado durante un tiempo. La montaña fue toda para nosotros esa tarde y esa noche. No había nadie ascendiendo ese día para grabar su nombre en la cumbre, ni para recoger arándanos. El genio de las montañas nos vio empezar en Concord y dijo: «Ahí vienen dos de los nuestros. Preparémonos para ellos. Montemos una tormenta importante, que mande a sus casas a esos escaladores domingueros (su momento llegará otro día). Recibámoslos con la auténtica hospitalidad de las montañas: degüella a esa nube que

hemos estado engordando. Hagámosles saber el valor de un techado de píceas, y del fuego de tocones muertos». Cada arbusto derramó lágrimas de felicidad por nuestro Adviento. El fuego hizo todo lo posible, y recibió nuestros agradecimientos. ¿Qué podría haber hecho el fuego con buen tiempo? El techado de píceas también recibió parte de nuestras bendiciones. Y luego... ¡una vista de las rocas mojadas, con los líquenes húmedos cubriéndolas, como la que tuvimos la mañana siguiente, y nunca más!

Tanto nosotros como la montaña disfrutamos de este tiempo juntos. ¡Qué contentos estábamos de estar mojados, para así poder secarnos! ¡Qué contentos con la tormenta, que hizo que la casa nos pareciera un nuevo hogar! La experiencia de ese día fue venturosa, en efecto, pues no tuvimos otra tormenta eléctrica en todo nuestro viaje. Tal vez nuestro anfitrión se reservó esta atención para intentar que regresásemos en otra ocasión.

Nuestra siguiente casa fue más robusta todavía. Un lado era roca, y el suelo también; y el techo que hice hubiese podido sostener un caballo. Estuve de pie en él para colocar las tejas de madera.

Las últimas veces que he estado en las White Mountains he percibido varias molestias que hacen desagradables los viajes por esa zona. La principal eran las casas de montaña. Yo suponía que la atracción fundamental de esta región, incluso para quienes viven en las ciudades, era su naturaleza salvaje y su disparidad con respecto a la urbe y, sin embargo, hacen que se parezca a la ciudad tanto como son capaces. Supe que la Crawford House tiene iluminación a gas y una gran taberna con una banda de música, para bailar. Pero a mí dadme una casa de píceas construida bajo la lluvia.

Un viejo granjero de Concord me cuenta que subió el Monadnoc una vez y bailó en su cumbre. ¿Que cómo ocurrió? Pues, cuando estaba allí, un grupo de chicos y chicas jóvenes subió, trayendo consigo tablas y a un violinista; cuando hubieron extendido las tablas, las nivelaron, y en ese suelo bailaron al son de la música del violín. Imagino que la canción era «Excelsior. Esto me recuerda al tipo que escaló hasta lo más alto de un capitel, se puso de pie, y gritó: «¡Viva...!», y ¿por quién? Pues por Harrison y Tyler. Es el tipo de sonido que emite la mayor parte de la gente ambiciosa cuando culmina algo. Están acostumbrados a ser especialmente frívolos en las atmósferas ligeras y no pueden contenerse, aunque nuestra comodidad y su seguridad lo requieran; es necesaria la presión de muchas atmósferas para conseguirlo; y por tanto allí se evaporan sin remedio. Pareciera que, en su ascenso, cada vez respirasen con mayor dificultad y, con cada espiración, los abandonase parte de su juicio hasta que, cuando llegan a la cúspide, tuviesen la cabeza tan ligera que solo pudiesen señalar en qué dirección sopla el viento. Sospecho que la crítica de Emerson llamada «Monadnoc» se inspiró no en los habitantes de New Hampshire tal y como son en los valles, sino cuando suben a las cimas de las montañas.

Tras la experiencia de varias noches, Channing llegó de repente a la conclusión de que estaba «tumbado a la intemperie» y preguntó cuál era la bestia de mayor tamaño que podría mordisquearle las piernas allí. Me temo que no pegó ojo en toda la noche. Le pedí que pasase una semana allí. Pasamos cinco noches, y seis días, pues C. sugirió que seis días laborables eran una semana, y yo vi que estaba listo para levantar el campamento.

Los chicos u hombres de Fassett nos vieron ascender bajo la lluvia, sombríos y silenciosos, como dos genios de la tormenta; pero más tarde nadie nos identificó, a pesar de que fuimos tema de alguna conversación que oímos por casualidad. Al menos quinientas personas vinieron a la montaña mientras estábamos allí, pero ninguna encontró nuestro campamento. Vimos a un grupo de tres damas y dos caballeros extender sus mantas y pasar la noche en la cima, y los oímos conversar, pero no supieron que tenían por vecinos a unos pobladores relativamente antiguos. Les ahorramos el disgusto que ese conocimiento les habría causado, y les dejamos que imprimiesen su historia en el periódico de acuerdo con su versión.

Sí, encontrarse con hombres en una situación honesta y simple, toparse con situaciones imprevistas, tener los pies doloridos, como le ocurrió a usted —¡ay!, y con un corazón dolorido, como tal vez también le ocurriese—, todo eso es excelente. Qué lástima que ese joven príncipe no pudiese disfrutar un poco de la legítima experiencia de viajar: que se nos trate con simplicidad y honestidad, pero rudamente. Tal vez hubiese sido invitado a una hospitalaria casa en el campo, le hubiesen puesto el tazón de leche con pan ante él, con un delantal limpio; y le hubiesen dicho que ahí tenía la batea y la caña de pescar; se hubiese mecido entre un par de abedules, perseguido un par de marmotas, y se lo hubiese pasado muy bien y, finalmente, lo hubiesen enviado a dormir con los chicos, y así nunca le habrían presentado al Sr. Everett. No tengo ninguna duda de que esta experiencia hubiese sido mucho más fructífera que la que tuvo.

La cumbre del Monte Washington coronada por la nieve debió de ser una vista muy interesante desde Wachusett. Qué saludable es el invierno, visto de cerca o de lejos; y qué bueno: muy por encima de la meramente sentimental, de sangre caliente, efímera y compasiva bondad moral, como se la suele llamar. Dadme la bondad que ha olvidado sus propias acciones; la que Dios ha hecho para ser buena, y dejadme ser. No quiero vuestro «justos hechos a la perfección». Y lo que los salvará será su pintoresquismo, como con los malditos árboles. Cualquier cosa que sea, y que no esté avergonzada de serlo, es buena. No valoro la bondad o la grandeza a menos que sea buena y grande, como lo es esa cima. Se lo ruego, ¿cómo podrían treinta pies de intestinos mejorarlo? La naturaleza es bondad cristalizada. Miró hacia la tierra prometida. Cualquier belleza que contemplemos, cuanto más distante, serena y fría, más pura y duradera. Es mejor entrar en calor con el hielo que con el fuego. Dígale a

Brown que me envió más del precio del libro, a saber, unas palabras tuyas, por las que estoy en deuda con él.

Concord, 3 de mayo de 1861

Sr. Blake:

Sigo estando tan inválido como lo estaba cuando usted y Brown estuvieron aquí, si no más, y temo que el frío pueda volver antes de que supere la bronquitis. En consecuencia, el doctor me dice que debo «escabullirme» a las Antillas, o a cualquier otro lugar, no parece preocuparle mucho adónde. Pero rechacé las Antillas por el calor húmedo del verano, y el sur de Europa por el dinero y el tiempo que me llevaría, de modo que he decidido finalmente que lo mejor para mí sería probar el aire de Minnesota, de algún lugar cerca de Saint Paul. Solo estoy esperando a recuperarme lo suficiente para viajar. Espero partir en una semana o diez días.

El aire del interior quizá me ayude, o puede que no. En cualquier caso, soy hasta tal punto un inválido que debo prestar especial atención a la comodidad del viaje, parando a descansar, etc., etc., si lo necesito. He pensado comprar un billete directo para Chicago, con libertad para detenerme con frecuencia durante el camino, y realizar mi primera pausa importante en las cataratas del Niágara, durante algunos días o una semana, y quedarme en una pensión; después, una o dos noches en Detroit, y en Chicago tanto tiempo como requiera mi salud. En Chicago decidiré en qué punto (Fulton, Dinleith, u otro) me embarco en el Misisipi y tomo una barcaza hasta Saint Paul.

Espero no tener problemas para encontrar una o varias pensiones con habitaciones individuales decentes en la región, y pasar allí mi tiempo. Supongo, y estoy preparado para ello, que estaré fuera tres meses; y me gustaría volver por otra ruta, tal vez Mackinaw y Montreal.

He pensado en buscar un compañero, por supuesto, pero no muy seriamente, pues no tengo derecho a ofrecerme como compañía de nadie, dado el particularmente privado y del todo absorbente, pero miserable, asunto al que tengo que atender: mi salud, y no la de él, y que me hará detenerme aquí e ir allá, etc., etc., sin previo aviso.

No obstante, me he decidido a contarle todos los planes de mi viaje con la vana esperanza de que quiera usted realizar una parte o la totalidad de este viaje al mismo tiempo que yo, o de que tal vez su estado de salud sea tal que también pudiera resultarle beneficioso.

Le ruego que me haga saber si dicho propósito le parece tentador. Escribo a toda prisa antes de que llegue el correo, y por tanto, una vez más, he de omitir la moral.